



Sexo, amor y rock 'n' roll
Tras el desvarío del amor
El desenlace

A. J. Silva



SEXO, AMOR Y ROCK 'N' ROLL

II

TRAS EL DESVARÍO DEL AMOR



Sexo, amor y rock 'n' roll.

Tras el desvarío del amor A.J.Silva.

Mayo. 2018.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor, se considera causa de delito grave en contra de la propiedad intelectual.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el no uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.



SIMÓN

Miró su reloj mientras no paraba de dar golpes al suelo con el pie, se desesperaba cada vez que la agrupación tardaba más de lo normal en llegar a las reuniones. Estaba a punto de terminar el día y la promoción del nuevo sencillo en las radios había sido satisfactoria. Les quedaba asistir a la fiesta de la noche, pero aquello, para Simón, no era más que un trámite. Iría a hacer acto de presencia, saludaría a quienes le interesaran de la industria musical y, después, volvería a dormir al hotel.

El primero en bajar, como siempre, fue Fer. Simón lo veía un poco lento de pensamiento, pero por la misma razón, era el más fácil de manejar. Nada que ver con Leo. El cantante era un constante dolor de cabeza para Simón, pero era consciente de que la estrella era él y tenía que mantenerlo contento para por el bien de sus intereses económicos.

—Vamos. — Dijo Simón al ver a Mario y Leo llegar juntos. Como casi siempre, eran los últimos. — No quiero que nos retrasemos. Por mi parte se pueden quedar en la fiesta, pero yo volveré temprano. No hace falta que les advierta que van a estar en la mira de todos. ¿Verdad?

Leo gruñó y se dirigió camino hacia la salida del hotel. Los demás integrantes del grupo lo siguieron, para Simón parecían pollitos detrás de su mamá gallina. Suspiró y fue detrás de ellos para subirse en la furgoneta que había contratado.

— ¿No podías conseguir una furgoneta más vieja, Simón? — Dijo Mario riendo. Siempre tenían alguna queja a las gestiones que hacía el representante, él hacía oídos sordos y pensaba en su cuenta bancaria para que se le pasara el enfado.

Se dirigían a uno de los clubes nocturnos más famosos de la ciudad. La fiesta a la que asistían era la celebración del aniversario de una revista influyente en el país. Simón se había contactado con el director de la revista para conseguir que invitaran a Avalor. Estaba seguro de que aceptaría, tener en una fiesta al grupo sensación del momento haría que hablaran de ella y, por consiguiente, propaganda gratis para la revista.

— Jimmy, cuídalos, por favor. — Dijo Simón al entrar al club. Como era de esperar, Mario y Carlos salieron corriendo a la barra y Fer y Leo fueron tras ellos. Simón había reconocido en otra dirección al director de la revista y se iba a pasar a saludar.

Después de un par de copas y risas falsas, decidió que ya había tenido

suficiente fiesta. Estaba cansado y quería volver lo más pronto al hotel. Al día siguiente volverían a la capital de su promoción en el sur y ya podría volver a su casa a relajarse. Buscó entre la multitud, les iba a comunicar que se iba por si alguno quería irse.

Se tuvo que abrir paso entre la gente con empujones para llegar a ellos, había distinguido a Mario que ya se notaba un poco alicorado cerca de la pista de baile. Los rodeaban un buen grupo de chicas, que reían todas las tonterías que decían. Al que más se le acercaban era a Leo, como siempre, pero esta vez el cantante estaba de brazos cruzados, sin prestarles atención y bebiendo agua.

“Que raro”, pensó. Normalmente, Leo llegaba a ese tipo de fiestas y escogía a la chica que más le gustara para llevársela a la cama. “Será por la fotografía esa...”

Se acercó a Leo al ver que era el más sobrio del grupo y le dijo al oído que se iba. Leo le dijo que se quedaba para controlar a los demás, sobre todo a Mario que ya había bebido mucho. Simón le dio un golpecito en la espalda y se fue al hotel.

Su trabajo era tan estresante y movido que cuando se acostaba en la cama, no tardaba ni medio segundo en caer profundo. Satisfacer y controlar las excentricidades de un grupo de Rock no era tarea fácil, pero siempre que se sentía flaquear, pensaba en el dinero y recobraba fuerzas.

El sonido de su teléfono lo despertó. Sintió que no había pasado ni cinco minutos desde que cerró los ojos, pero se dio cuenta de que ya era de día por la luz que entraba por la ventana. Maldijo en silencio a quien fuera que estuviera llamándolo, se sentía cansado y aquel día era uno de los pocos que podía dormir sin tener que despertarse temprano.

Vio el número que lo llamaba y se le quitó la somnolencia instantáneamente. Era el representante de la disquera. Se apresuró a contestar antes que dejara de sonar el teléfono.

—¿Qué mierda hicieron estos idiotas? — Dijo el representante sin darle oportunidad a hablar. — Están en todas las noticias. Esto no es buena propaganda para nadie... ¿Cómo has permitido que esto pasara?

Simón colgó el teléfono mientras el hombre seguía hablando. Esperándose lo peor, encendió la televisión y buscó alguna noticia referente al grupo. Se detuvo en el canal cinco, conocido por tener programas de chismes, estaban hablando de Avalor.

“Mierda...”



LEONARDO

Se despertó con la ropa puesta y sudando. Tenía la boca reseca y tenía aún el gusto a alcohol impregnado en sus labios. Se sentía desubicado, no recordaba en qué momento había salido de la fiesta y cuándo había llegado a su habitación del hotel. Por lo que pudo ver a su alrededor, no le resultó fácil meterse en la cama. Los objetos de adorno que había desde la entrada de la habitación hasta la misma mesilla al lado de la cama estaban tirados en el suelo. Había roto una lámpara y el control del aire acondicionado estaba tirado en el suelo, debajo de un golpe en la pared. Comprendió que su calor se debía a que no había podido encender el aire en la noche y, resultado de la frustración, lo había lanzado contra la pared.

Suspiró y se llevó las manos a la cabeza, le dolía muchísimo. Las resacas que tenía cuando se pasaba bebiendo eran monumentales, por este motivo se controlaba un poco respecto al licor. Cerró los ojos en un intento por recordar algo. Lo último que recordaba era que estaba separando a Mario de un hombre para que no se pelearan en la fiesta de la revista. Después de aquello, tenía algunos recuerdos sueltos hasta que todo se nublaba por completo.

“No entiendo... yo no estaba bebiendo.” Podía recordar muy bien que había decidido no beber nada, estuvo casi toda la noche sobrio hasta la pelea. Lo había decidido porque no tenía muchos ánimos de festejar, no sin Liliana.

Se puso en pie y se dirigió al baño a beber un poco de agua y a lavarse la cara. Se echó agua en el vaso de cristal que ponía el hotel al lado del lavamanos y bebió como si estuviera en un desierto y llevara meses sin beber agua. Tras unos cuatro vasos, calmó un poco la sed. Se echó agua en la cara y, al mirarse en el espejo, vio su cabello completamente enredado. Su aspecto daba pena, agradeció que Lili no estuviera allí para presenciar aquel espectáculo.

Intentó desenredar su cabello con las manos y, al moverlo, empezó a desprender un olor a leña y hierbas. Se llevó un mechón de pelo a la nariz para olerlo mejor. Aquel olor le resultaba familiar, intentó recordar de qué le sonaba y por qué olía así.

En su mente apareció una sonrisa con unos dientes gigantes, inmediatamente distinguió el origen del olor.

– ¡Congo! — Exclamó. Recordó que después de apartar a sus

compañeros de la pelea, se encontró con el moreno. Su local en el pueblo era más que conocido por las celebridades y aquello lo acercaba a ellas tanto como para que alguien lo hubiera invitado a la fiesta. — Ese puto negro tenía algo más que solo esencias.

Los pensamientos se iban aclarando un poco, al menos a partir del momento en que se encontró con Congo. Recordó que estaba con un grupo de lo más peculiar fumando en una pipa de agua. Sus compañeros, al reconocerlo, se fueron hacia él y lo saludaron con efusividad, el moreno les ofreció compartir de su pipa y todos se sentaron con ellos. Recordó haberse negado, pero Congo insistió en que probara un poco, le dijo que era solo una esencia que le habían traído de un país lejano y quería compartirla con él.

A partir de ahí, los recuerdos de Leo se tornaban más oscuros. Recordaba que al inhalar el vapor de la pipa sintió que se le calentaba el pecho y al exhalarla sintió que el cuerpo entero se le enfriaba. Después de eso, por más que intentaba recordar, solo venían a su mente imágenes girando y risas, muchas risas.

Se molestó consigo mismo. Gracias a recibir lo que le ofreció Congo, había olvidado el resto de la noche y por la resaca que tenía, era evidente que había bebido. Rezó porque no hubiera cometido ninguna locura. No era nada raro para ellos emborracharse y hacer de todo, al fin y al cabo, ese era el estilo de vida que profesaban. Aunque Leo tenía un límite con la bebida, eso no le impedía anteriormente enloquecerse y disfrutar por completo las noches en las que salían.

Pensó en Liliana, le había dicho que iría a una fiesta, tranquilo y, en cierto modo, se sentía que la había traicionado. La relación que habían construido en el último mes había prosperado tan rápido y bien que no se perdonaría dañarla por alguna estupidez que hubiera cometido.

“Leo, espero que no la hayas cagado.” No confiaba en sí mismo.

Había hecho tantas cosas en el pasado, que tener una noche de la cual no recordaba gran parte no era un buen presagio. Rezó nuevamente porque simplemente hubiera estado con sus amigos, riendo y pasándolo bien.

Salió del baño hacia el minibar de la habitación y se cogió una cerveza fría. Tenía la costumbre de “empatar” la resaca bebiendo un poco más para que se le pasara. Se quitó la camiseta porque tenía mucho calor y se tumbó en el sillón. Extendió sus brazos hacia los lados y echó la cabeza hacia atrás para mirar el techo.

La habitación se iluminó, a su derecha se encendió la pantalla de su

teléfono alumbrando la habitación oscura. Leo lo miro y no le hizo caso, pensó que quien fuera, podría esperar, no tenía ganas de moverse.

“Lili.” Pensó después de unos minutos de que la pantalla del teléfono se hubiera apagado, sumiendo nuevamente en la oscuridad a la habitación. Se apresuró a coger el teléfono por si era Lili quien le hubiera mandado un mensaje.

“Eres un desgraciado. Sabía que no podía confiar en ti. No vuelvas a hablarme nunca.”

A Leo se le paralizó el corazón. Se le pasaron por la cabeza mil cosas que podía haber hecho la noche anterior que provocaran esa respuesta en Liliana. Intentó preguntarle qué le pasaba, pero los mensajes no le llegaban a Liliana. Parecía como si lo hubiera bloqueado. Marcó su número para llamarla, pero le saltaba el contestador instantáneamente.

“¿Qué hiciste, imbécil?” Se golpeó la cabeza, intentado recordar qué podía haber hecho.

No lograba recordar nada. Debido a la impotencia, cada vez se daba golpes más fuertes en la cabeza. No sabía que hacer, necesitaba hablar con Liliana, pero no lograba comunicarse con ella. No se explicaba cómo podía haberse enterado la chica de algo que hubiera hecho al otro lado del país y con tal velocidad.

Nuevamente a su lado, se encendió la pantalla de su teléfono. Era una llamada.

– ¡Lili! — Se apresuró a contestar el teléfono.

– No. — Respondió una voz masculina. La voz que menos quería escuchar en ese momento. — Soy Simón.

– ¿Qué mierda quieres? — Dijo desesperado. No tenía tiempo para perderlo con las tonterías del representante, le preocupaba más buscar la forma para comunicarse con Liliana.

– No sé exactamente qué pasó ayer. Cuando me llamaron de la disquera enfadados por su comportamiento me dieron ganas de matarlos. Puse la televisión y vi que estaban en boca de todos los programas de chismes.

Leo no entendía a qué se refería Simón. Mientras este seguía hablando, se acercó a la televisión y la encendió. Pasó los canales hasta ver en un programa que estaban sentadas varias personas hablando y en el rótulo de la pantalla decía: “La noche de Avalor.”

– Hace unos minutos me volvieron a llamar de la disquera. —

Prosiguió Simón que no había dejado de hablar. — Resulta que, gracias al escándalo, hemos tenido más propaganda que nunca en todas las cadenas de televisión, radio y páginas web. El sencillo se está vendiendo como nunca. Felicitaciones.

—¡Vete a la puta mierda! — Gritó Leo. Le dio tanta rabia que lo felicitara porque la noche anterior hubiera dañado su relación. Aunque no sabía que había hecho, fuera lo que fuera que estuvieran hablando en el programa, era lo que había visto Liliana. En aquel momento no estaba para que Simón le hablara de ganancias y de ventas.

Colgó el teléfono y lo tiró contra la pared. Acercó su mano a los botones del televisor y subió el volumen para enterarse de lo que estaban hablando.

— Sí, es verdad. — Decía una chica que estaba hablando. A Leo le sonaba su cara. — Es una bestia en la cama, no me dejó hasta que no se saciara dos veces. Me produjo tanto placer que en ese tiempo tuve cinco orgasmos.

“¿Quién es esa?” Pensó mientras escuchaba a la chica relatar lo que parecía un encuentro sexual.

— Bueno. — Dijo el que parecía ser el presentador del programa. — Nos vamos a un corte publicitario, pero si quieren seguir enterándose de toda la información que tenemos de la noche que pasó Avalor en el sur del país, sigan en sintonía con nosotros. Además, recordamos para los que llegan tarde, esta señorita que está aquí con nosotros prestó sus servicios sexuales ayer a la mismísima Bestia y está aquí para contarnos todos los por menores.

“No...” Leo comprendió qué había hecho. No podía creer que hubiera sido tan idiota como para acostarse con una chica como la que estaba en la televisión. Era la típica mujer a la que estaba ya acostumbrado y no le llenaba nada, aquellas de las que estaba tan harto.

Gritó de rabia. Sentía tanta impotencia que se le saltaron unas lágrimas. No podía comprender cómo había podido haber hecho daño a Liliana por una mujer así.

“Debe seguir en la casa, no habrá ido con su prima y menos con sus padres.” Salió corriendo de la habitación con la esperanza de llegar lo más pronto posible a la capital y hablar con ella.



LILIANA

– ¿Té? — Le preguntó su madre con la serenidad que la caracterizaba. Desde que era pequeña, su madre le había relatado historias de su viaje por los países de oriente, donde había adquirido la costumbre de consumir té aromáticos.

– Sí, gracias. — Respondió Liliana que siguió ensimismada. Su mente era una tormenta de pensamientos. Algunas veces dudaba de que fuera verdad lo de Leo y otras se enojaba consigo misma por ser tan ingenua y tener la esperanza de que todo fuera una mentira.

Habían pasado unos días desde que había vuelto a su casa. Su padre, aunque no le había recriminado nada a la cara, la juzgaba con la mirada; aquella mirada de “te lo dije” que solía poner. A parte, había una pequeña tensión debido a que no le perdonaba del todo la forma en cómo le había hablado antes y el hecho de que hubiera desaparecido.

Su madre, por el contrario, la recibió con los brazos abiertos; como siempre. Con ella era con quien había hablado más por teléfono y fue ella quien tuvo que aguantar más quejas y reclamos de Liliana. A pesar de eso, no hizo otra cosa que recibirla con amor y actuando como si no hubiera pasado nada.

Liliana se sentía muy mal por cómo había actuado. Por estar con Leo, trató como nunca lo había hecho a sus padres y se olvidó de ellos por completo. Con los disgustos, su padre enfermó y aun sabiéndolo, ella no le daba importancia y vivía “su vida.”

“He sido una idiota...” Se juzgaba a diario. Se sentía culpable por todo lo que había sucedido. Desde no haberle hecho caso a los avisos de sus padres, hasta haber pensado que un hombre como Leo podría dejar sus costumbres.

– Aquí tienes, princesa. — Dijo su madre extendiéndole la taza de Té que le había preparado. El olor a clavo, canela y naranja que desprendía sacó a Liliana de su ensimismamiento.

–Gracias, mamá. — Se esforzó por esbozar una sonrisa. — ¿Dónde está papá?

–Se fue a jugar al golf. — Se encogió de hombros y sorbió un poco de Té.

Su padre era un amante del golf, todos los sábados iba al club a jugar con

sus amigos. Aquel día era lunes, pero a Liliana no le sorprendió. Sabía también que cuando estaba estresado iba a jugar para liberar tensiones y, al menos desde que había llegado, había asistido al campo todos los días.

“No he tenido oportunidad de hablar con él...” Liliana se dio cuenta que debido a que había pasado esos días llorando, encerrada y pensando, no se había sentado en ningún momento a hablar con su padre.

Lo máximo que habían hablado fue el día que Liliana lo llamó entre lágrimas pidiendo ayuda para volver a casa. Volvió a entrar en sus pensamientos y recordó cómo había transcurrido el día en el que se fue de la casa de Leo.

– Papá, te necesito. — Le dijo cuando lo llamó.

– ¿Qué te pasa? — Le respondió. A Lili le sentó muy mal la frialdad con la que le respondió, aunque fue consciente, en ese momento, de que ella llevaba tratándolo de la misma manera o peor.

– Necesito volver a casa. — Le respondió cuando el llanto se lo permitió.

Recordaba que aquel día se sintió nuevamente como una niña pequeña, indefensa e insuficiente. Su padre no le preguntó nada más, solo le pidió que esperara y a los cinco minutos le había mandado un mensaje pidiéndole su ubicación para mandarle un carro a recogerla. Luego le mandó un tiquete de tren y le pidió que le fuera avisando para ir a recoger en la noche a la estación.

En ese momento ya tenía varias llamadas de Leo. Lo había bloqueado para no recibir ninguna, pero su operadora le mandaba mensajes de que su número había intentado contactarse con el suyo. No quería ni escuchar su voz, pensar en él hacía que le doliera el pecho y le entrara ansiedad.

Mientras esperaba que llegara el carro a buscarla, se fue a la habitación a recoger sus pertenencias. Estalló en ira al darse cuenta de que todo lo que tenía allí era comprado por Leo. La ira y la tristeza se mezclaron haciendo que rompiera en llanto nuevamente, derrotada, se tiró en la cama. Se avergonzaba por estar sollozando, por lo que cogió una almohada para ahogar su ruido. Aquella almohada desprendía el olor de Leo y aquello le causó aún más ira.

Lanzó la almohada hacia atrás golpeando la televisión que había colgada en la pared. El golpe hizo que se moviera y cayera al suelo. A Liliana no le importó, pensó que se merecía eso y mucho más. Impulsada por la satisfacción que le dio la televisión rota, empezó a romper sábanas, a tirar

lámparas y todo lo que se encontró.

En su mesita de noche estaba la cámara que Leo le había regalado. Al verla, la exaltación que había tenido rompiendo cosas se pasó y la inundó nuevamente la tristeza. Aunque no llevaba mucho tiempo con Leo, todo lo que habían vivido había sido muy intenso y la mayoría de los momentos, los había retratado con esa cámara. Suspiró y sacó fuerzas de donde pudo y la lanzó contra la pared.

Se sintió terrible al hacerlo, romper las otras cosas no le había importado, pero por algún motivo, tirar la cámara la había hecho sentir culpable. Se acercó a verla. Debido al fuerte golpe contra la pared, la cámara estalló en varios pedazos. Liliana, al verla así destruida, volvió a llorar. Pateó la lente por la impotencia que salió disparada para un lado. Debajo de donde estaba la lente, Lili pudo ver la tarjeta de memoria donde se guardaban las fotos.

Escuchó que llamaban al telefonillo, supuso que era el carro que le había mandado su padre. Instintivamente, se agachó y cogió la tarjeta de memoria de la cámara, la guardó en su bolso y se fue a la puerta.

El conductor del carro no hizo ni un ruido desde que la recogió hasta que la dejó en la estación del tren. Liliana notó cómo le cambió la expresión de la cara al verla salir con los ojos rojos e hinchados de llorar. Se le notó incómodo todo el camino, como si no supiera qué hacer o qué decir.

Lili agradeció que no intentara decir nada, no tenía ánimo para hablar con un desconocido y ya que se había calmado, no quería hablar nada que la hiciera volver a romper en llanto.

Aquel día estaba gris y frío. En la mitad del camino a la estación del tren empezó a caer una tormenta fuerte. La lluvia la acompañó todo el camino hasta que llegó a la casa de sus padres, parecía como si el universo se hubiera emparejado con sus sentimientos.

El conductor del carro se apresuró a buscar un paraguas al llegar a la estación del tren para acompañarla a la puerta y que no se mojara. A Liliana no le importaba en ese momento mojarse y se bajó del carro antes de que el conductor la encontrara. Solo bastó un minuto de caminata hasta la puerta de la estación para que la lluvia torrencial la emparara completamente.

Mientras esperaba a que el tren partiera, notó cómo todos en la estación la miraban y cuchicheaban.

– ¡Me importa una mierda lo que piensen! — Gritó en medio de la estación y volvió a llorar. La gente se sintió incómoda y miró para otro lado.

Una vez entró al tren, el revisor de los tiquetes se acercó a ella y le ofreció unas toallas para que se secara. Liliana le agradeció con lágrimas en los ojos y el hombre la acompañó a su asiento. Afuera, había oscurecido completamente debido a la tormenta, de vez en cuando el cielo se iluminaba por los rayos eléctricos.

Estuvo la mayoría del camino mirando a través de la ventana. No miraba nada en concreto, veía cómo caían las gotas de agua que se adherían a la ventana. En un punto del viaje, la tormenta eléctrica aumentó su intensidad. Caían rayos al menos cada minuto, incluso Liliana vio a través de la ventana como un rayo impactaba un avión y este seguía volando, como si nada.

La cantidad de luces y destellos hizo que Liliana recordara el concierto al que Leo la había invitado, parecía como los juegos de luces que había habido aquel día en el espectáculo. Pensó en él y comenzó a dudar si estaba haciendo lo correcto. No le había dado oportunidad a explicarse y se sentía mal por ello.

En un momento de debilidad producido por pensar en él y los momentos vividos, cogió el teléfono y llamó a Leo. Aunque tuviera ese número bloqueado, ella sí podía hacerle llamadas. Inmediatamente le respondió su contestador, aquello la enfureció. Cómo era posible que después de haberse pasado llamándola todo el día, ella lo llamara y saltara el contestador.

Al transformar su debilidad en ira, agradeció que no se hubiera podido comunicar. No se merecía que ella lo buscara y lo llamara. Dejó el teléfono a un lado, resopló y cerró los ojos para no ver nada que le recordara a él.

Junto con ella, se bajaron sólo tres personas en la estación de su ciudad. La única persona esperando a los pasajeros en esa estación era su padre, que la miró seriamente, le dio un beso en la frente y le extendió un paraguas.

—Voy a tener que empezar a hablar con los animales. — Dijo su madre sacándola de sus pensamientos. — Entre que no está tu padre y a ti te hablo y es como si fuera a la pared, me va a salir mejor hablarle al gato.

— P-perdón, mamá.

— Ay, mi niña... — Su madre se puso detrás de ella y la abrazó fuertemente. Liliana lo agradeció, necesitaba últimamente sentir el cariño de sus seres queridos. — Deberías hablar con tu padre cuando vuelva. Sé que él también quiere hablar contigo, pero no sabe qué decir... ya sabes cómo es.

Asintió con la cabeza y dio un sorbo a la taza de té que le había traído su

madre. Agradeció aquel viaje que había hecho en su juventud, el té estaba delicioso.



LEONARDO

La cabeza le daba vueltas. Ya no sabía qué era la realidad ni qué era fruto de su imaginación. Había tenido alucinaciones con Liliana, sus compañeros del grupo y la chica de la televisión. Todas eran tan intensas que parecían reales y al final, siempre se encontraba a sí mismo rodeado de botellas, en un lugar oscuro y con “Stairway to heaven” sonando una y otra vez a todo volumen.

– Levántate, Bestia. – Escuchó la voz de Mario. Al frente suyo se extendió una mano.

– ¿Mario? – Pensó que sería otra de sus alucinaciones. – Déjame en paz, no estás aquí.

Apartó la mano que tenía frente con un golpe. Cogió una botella que tenía al lado e intentó sacar algo de alcohol de ella. La apuró, pero no salía nada, la lanzó contra el suelo y empezó a rebuscar en las otras botellas que tenía al lado.

– Déjalo ya, Leo... – Volvió a decir la voz de Mario con tristeza. – Vámonos de aquí.

Mientras Leo siguió buscando alcohol en las botellas que tenía al lado, la música paró de sonar.

–¡Eh! – Gritó Leo. – Estoy escuchando eso.

Se intentó incorporar, pero el suelo se movía bajo sus piernas. Como pudo se puso en pie y se apoyó sobre la pared para no caerse. Escuchó unos pasos ir hacia el otro lado de la habitación apartando botellas a su paso.

Cuando se detuvieron los pasos, las luces de la habitación se encendieron cegando a Leo que, al taparse los ojos, se soltó de la pared y cayó al suelo de bruces. Al caer le vino a la mente la imagen de Liliana y se le saltaron unas lágrimas. Los pasos se acercaron hacia él y se detuvieron a su lado.

– Leo, por favor, ven conmigo. – Volvió a decir su amigo.

– ¿Eres tú de verdad, Mario? – Dijo levantando la cara. Sus ojos aún no se acostumbraban a la luz por lo que no podía ver todavía con claridad. Se agarró a la pierna de Mario y se ayudó con su cuerpo como punto de apoyo para volverse a poner en pie.

Al ponerse de pie por completo le tocó la cara para asegurarse que no era

una alucinación más. Lo abrazó y se puso a llorar desconsolado.

— Tranquilo, amigo. — Le dijo Mario que lo guio a la salida de la habitación. — Vamos, te duchas y te acuestas un poco.

Salieron de la habitación tambaleándose, su amigo apenas podía con la corpulencia de Leo y cada vez que trastabillaba, perdían el equilibrio. Leo seguía con su cabeza dando vueltas y apenas era consciente. Cada vez que cerraba los ojos, para él pasaba solo un segundo, pero, en realidad, se encontraba en otro sitio cuando los abría.

Cuando iban saliendo del salón de juegos, cerró los ojos y al abrirlos estaba ya arriba, en su habitación. Los volvió a cerrar y al abrirlos se encontró debajo de la ducha, cayéndole agua fría, Mario estaba a su lado, ajustando la temperatura del agua. La siguiente vez que abrió los ojos, estaba con una toalla sobre los hombros y su amigo le estaba pasando un pantalón de pijama. La última vez que los abrió, estaba acostado en la cama y su amigo iba saliendo de la habitación.

— No te vayas. — Dijo en voz baja. Sus pesados párpados se cerraron sumiéndolo en un sueño profundo.

Soñó que estaba frente a la laguna de colores a la que había llevado a Lili en su primera cita. Estaba de pie en una roca observándolo y en el reflejo del agua veía la cara de la chica. La llamaba, pero no respondía, por lo que se acercaba para tocarla. Al acercarse, tropezaba y caía en el lago que se convertía en una espiral de colores por la cual caía sin parar.

Mientras caía, pasaban a su lado varias imágenes de Liliana y sus compañeros. Una de las imágenes que le pasó al lado fue el cuerpo desnudo de Liliana que se puso encima de él. Aunque estaba seguro de que era el cuerpo de ella, no lograba ver su cara, la tenía tapada con el cabello. Con una mano apartó los mechones que ocultaban su rostro descubriendo la cara. Se horrorizó al ver que no era la cara de Liliana sino de la chica que había visto en la televisión hablando de él, que se reía una y otra vez. De un empujón se la quitó de encima y continuó cayendo por la espiral.

Al llegar al fondo se encontró en la habitación del hotel donde vio a la chica que estaba hablando en la televisión. Sintió que ya había vivido eso, estaba recordando cómo había transcurrido aquel día.

Salió corriendo del hotel sin saber muy bien qué dirección tomar, lo único que tenía claro era que necesitaba volver a la capital. Al llegar a la calle, se subió a un taxi al cual se estaba subiendo una señora mayor. La señora le gritó algo y él, en respuesta, le enseñó el dedo medio de la mano.

– Al aeropuerto, por favor. — Le dijo al taxista. — Y dese prisa.

El taxista lo miró mal, juzgándole por haberle quitado el carro a la señora mayor. Aunque no se parecía haberle importado mucho ya que no se había negado a llevarlo al aeropuerto. Leo sabía que aquellas carreras eran codiciadas por los taxistas, cobraban extras de recargo y no tardaban mucho en llegar.

Mientras iba de camino al aeropuerto, intentó llamar nuevamente a Liliana. Ni siquiera daba tono de llamada, inmediatamente saltaba el buzón de voz para que dejara un mensaje.

– ¡Mierda! — Exclamó dando un golpe a la cojinería del taxi debido a la desesperación de no poder hablar con la chica.

A través del retrovisor el taxista, un joven de unos veintiocho años lo miró cuando gritó. Hizo un ademán de decirle algo, pero al final se arrepintió. Leo notó al chico incómodo, que subió el volumen de la radio para no entablar conversación.

Al subir el volumen de la radio, Leo reconoció los arpegios de guitarra que estaban sonando en la radio. Era el inicio de la canción que había compuesto pensando en Liliana, resopló y se llevó la mano a la cara.

El taxista iba tarareando la canción mientras conducía y, cada dos por tres, miraba a Leo por el retrovisor. En una de las veces que lo miró, abrió los ojos de par en par como si de un muerto se tratara. Leo comprendió que finalmente lo había reconocido.

– Te pago el doble si no abres la boca, no tengo ganas de hablar. — Dijo Leo antes de que el taxista pudiera decir nada

– El triple. — Respondió el taxista que apartó la mirada del retrovisor y siguió conduciendo tranquilamente.

– Pues acelera más. — Le dijo Leo dándole una patada en el espaldar de la silla.

Al llegar al aeropuerto se apresuró a acercarse al primer mostrador de una aerolínea que se encontró. Pidió un tiquete para el primer vuelo que saliera con destino a la capital. Ni siquiera se detuvo a pensar que tendría que subirse a un avión y pasar miedo, no tenía tiempo para nada.

La chica que lo atendió lo reconoció al momento de llegar, pero no le dijo nada por profesionalismo. El primer viaje disponible partía en tres horas, ni siquiera era en primera clase como acostumbraba a viajar, sino en clase económica. No le dio importancia y pidió comprarlo.

– Muchas gracias, señorita. — Le dijo a la chica cuando le entregó

los tiquetes.

— De nada, don Bestia. — Respondió la chica que se sonrojó al darse cuenta de cómo lo había llamado.

Leo cogió los tiquetes y se dio media vuelta. Mientras paseaba por el aeropuerto, notó cómo todo el mundo lo miraba. Una niña, al verlo, jaló el vestido de su madre para llamarle la atención y cuando esta le preguntó qué quería, señaló a Leo y a una pantalla que había detrás de sí.

Hasta ese momento no había reparado que en el aeropuerto había varias pantallas. Unas ponían los estados de los vuelos y otras tenían canales de televisión normal. Salvo en una pantalla que había dibujos animados, en todas salían imágenes suyas y de sus compañeros.

“Qué asco de país... ¿No hay nada mejor que poner en los programas?” Pensó al ver su cara en la pantalla.

La gente lo miraba cada vez más, se sentía como una atracción de feria.

— ¡Sí, soy yo! — Gritó. — Somos rockeros. ¿Qué esperan? ¿Que nos portemos como el Papa?

Un flash de un teléfono lo interrumpió. La gente estaba sacándole fotos y grabándolo. Gruñó y se fue corriendo de nuevo al mostrador de la aerolínea donde había comprado el tiquete. La chica se encontraba atendiendo a una familia y él se metió a su lado sin importarle los demás.

— Señorita. ¿Dónde está la zona VIP? — Dijo cuando llegó al mostrador. — No quiero que esté todo el mundo mirándome.

— D-Disculpe, caballero. — Dijo la chica dudosa. — Es que su tiquete no tiene acceso a la zona VIP.

— Vamos a ver, señorita. — Dijo Leo tragándose la ira. Tenía que controlarse si no quería montar un escándalo y ser noticia nuevamente. — No me importa si mi tiquete tiene o no acceso a la zona VIP. Le estoy preguntando dónde está. Si tiene algún costo extra, ¿usted cree que yo tengo problema en pagarlo?

La chica asintió con la cabeza sin decir nada y se puso a teclear, nerviosa. Mientras tecleaba, Leo le puso en frente la tarjeta de crédito y se apoyó contra el mostrador, se sentía muy cansado por el estrés. La madre de la familia que estaba en el mostrador agarró a la hija apartándola de Leo como si fuera un bicho raro.

— Aquí tiene. — Dijo la chica de la aerolínea dándole la tarjeta de crédito junto con otra tarjeta. — Con esto puede entrar a la zona VIP que se encuentra al fondo a la derecha.

Leo agarró las tarjetas y se fue a la zona VIP. Aquella zona estaba casi vacía, tan solo había tres personas a parte de Leo. Un camarero se acercó a él preguntándole si quería beber algo y él pidió un poco de whiskey con zumo de limón. Ya que no estaba Simón para pedir su cocktail para volar, se lo pidió el mismo antes de subirse al avión.

La sala tenía una ventana gigantesca que permitía tener vistas a la pista de despegue y a los aviones. Leo refunfuñó al ver que el cielo se estaba tornando oscuro, sabía que con ese clima los aviones tenían varias turbulencias. Unos minutos después empezó a caer una tormenta.

El vuelo transcurrió peor que nunca. La tormenta lo siguió todo el camino e hizo que hubiera fuertes turbulencias. Incluso en un momento del vuelo atravesaron una zona con tormenta eléctrica. Uno de los rayos los impactó haciendo que por unos segundos las luces del avión se apagaran por completo. Leo estaba más asustado que nunca, casi ni se movió en todo el vuelo.

Afortunadamente descubrió, al sentarse en su asiento, que cuando la gente lo reconocía y se acercaba a él, si ponía cara de asesino, lo dejaban en paz y se iban. Gracias a esto, nadie lo molestó durante el vuelo.

Al aterrizar se bajó lo más rápido que pudo del avión y se subió a un taxi para ir a su casa. Entró corriendo llamando a Liliana sin tener respuesta. Se acercó a su habitación y encontró varias cosas rotas. Vio la cámara que le había regalado a la chica hecha pedazos en el suelo, se agachó y, al mirarla, nuevamente, todo empezó a dar vueltas y volvió a la espiral de colores mientras caía.

Volvieron a pasar varias imágenes a su lado mientras caía. Se vio llorando con la cámara en las manos, acercándose al salón de juegos y bebiéndose todo el alcohol que tenía en la casa. Se vio a sí mismo desaliñado, tirado en un rincón, borracho. Al acercarse sintió un olor nauseabundo, una mezcla de alcohol y sudor, como si llevara siglos bebiendo y sin bañarse.

Aquel olor le produjo tantas náuseas que tuvo arcadas. Con una de las arcadas, se despertó en su cama y vomitó a un lado. Por varios segundos continuó vomitando sin parar. Se escucharon unos pasos corriendo en dirección suya.

— Mierda, Leo. — Dijo Mario al llegar a la habitación y ver la escena. — No te pienso limpiar eso, cabrón.

Su amigo le pasó una toalla para limpiarse y le sirvió un vaso de agua en el baño. Se sentó al otro lado de la cama y le ofreció el agua.

– Tienes mucha mierda dentro, Leo. Tienes que descansar unos días.

Leo terminó de beber el agua y se volvió a caer en sueño profundo.



LILIANA

“Aunque duelan, las heridas curarán”, se dijo esa mañana al despertarse. Su padre se lo había dicho días atrás cuando finalmente se decidió a hablar con él. Se esperó de todo menos la comprensión que había tenido con ella. No le recriminó nada y le quitó importancia a las disculpas que le pedía Liliana. Simplemente la abrazó con ternura y cuando ella rompió en llanto, le dijo aquella frase.

Gracias a sus padres, había estado entretenida y apenas había tenido tiempo para pensar en Leo. Su padre tenía razón, a cada día que pasaba el dolor en el pecho iba disminuyendo y más lejano sentía el recuerdo del rockero. Se dedicó a pasar tiempo pintando junto a su madre, gracias a esto descubrió que se le daba bien la pintura. Nunca había querido probarlo porque no le parecía entretenido. Descubrió que la pintura, al igual que la fotografía, la evadía del mundo y le ofrecía una forma de relajarse. A su padre le pidió que le enseñara golf. Aquello le gustaba menos que la pintura, pero al pedírselo, su padre se emocionó y ella lo utilizaba como excusa para pasar tiempo con él.

“Aunque duelan, las heridas curarán.” Volvió a repetirlo. Había tomado prestadas las palabras y lo había convertido en un mantra que repetía cada vez que se sentía débil.

Aquella mañana se sentía tan débil como el día en el que llegó. La culpa la tenía su subconsciente que la había hecho soñar la noche anterior con Leo. En el sueño, estaba sentada bajo la lluvia en la estación del tren y venía Leo a recogerla. Ella corría hacia él, lo abrazaba y lo besaba intensamente y le pedía perdón por haberse marchado.

– ¿Estás despierta, cariño? — Dijo en voz baja su madre al otro lado de la puerta.

– Sí, mamá. — Respondió Liliana en voz baja también.

– Hay que aprovechar que sigue dormido.

Liliana se incorporó rápidamente. Hasta el momento no había caído en cuenta que aquel día era el cumpleaños de su padre y había preparado una sorpresa junto a su padre.

El día anterior su madre le había dicho que no iban a pintar. Le contó en secreto que se las había ingeniado para hacer que su padre se fuera unas horas

de casa e iban a aprovechar ese tiempo para hornearle un pastel de cumpleaños. A pesar de que ninguna de las dos tenía experiencia con la repostería, pusieron todo su empeño en el pastel y el resultado fue de aspecto más que bueno.

– Date prisa. — Susurró su madre abriendo un poco la puerta.

Liliana salió de la habitación y ambas, a hurtadillas se acercaron al lugar en el que habían escondido el pastel. Cogieron un par de velas para formar el número sesenta y se acercaron a la habitación de sus padres.

Cumpleaños feliz.

Cumpleaños feliz.

Te deseamos todos.

Cumpleaños feliz.

Su padre se levantó desubicado y al verlas con el pastel en las manos, les sonrió y las abrazó. Liliana se sintió llena en aquel momento. Aquella sensación de felicidad la hizo recordar a la sensación que tenía todo el tiempo con Leo. Era igual a la felicidad que sentía en aquel momento.

“Lo dañaste todo, Leo”, pensó mientras su padre soplabas las velas y le daba un beso a su madre y luego a ella uno en la cabeza. Su madre partió un trozo de pastel para cada uno y empezaron a comerlo

– Lili. — Dijo su padre con la boca llena de pastel. — Los compañeros del club organizaron una fiesta en mi nombre para esta noche. No tienes por qué venir. Sabemos que te aburren mucho nuestros eventos, pero me gustaría que asistieras.

–Estás loco si piensas que me voy a perder tu sesenta cumpleaños.

– Respondió con una sonrisa que, por primera vez en varios días, no era forzada. — Más bien diles a tus amigos que se preparen.

Su padre se rio haciendo que el trozo de pastel que estaba comiendo se fuera por las vías respiratorias. Empezó a toser llevándose las manos al cuello sin poder respirar. Su madre, asustada, empezó a darle golpes fuertes en la espalda, pero no paraba de toser. Liliana con calma le pidió que se levantara y emuló una maniobra que Leo le había enseñado un día en el que, comiendo en su casa, a Fer se le había atorado una espina de pescado. Con un par de apretones el trozo de pastel salió disparado y su padre pudo volver a respirar normalmente.

– Gracias, hija. — Le dijo respirando agitado y con la cara roja.

– ¿Dónde aprendiste eso? — Le preguntó su madre, intrigada por la maniobra que acababa de realizar.

– Vi a un cerdo hacérselo a un mono. — Sonrió y siguió comiendo su trozo de pastel.

El resto de la mañana la pasó de compras con su madre. Una de las cosas que más la aburría de las fiestas del club era el protocolo de etiqueta que había. Todos acostumbraban a ir muy arreglados y ella no tenía muchos vestidos para la ocasión. Su padre le encomendó a su madre que la llevara a conseguir un vestido digno de “una princesa.”

En la tienda su madre le enseñó un vestido celeste de ensueño. Tiempo atrás le habría gustado a ella también pero ahora, le daba la sensación de que era muy aniñada para ella. Se fijó en un vestido negro que tenía un escote que descubría su espalda por completo.

– Este. — Dijo al verlo puesto en el maniquí.

– ¿Segura? — Dijo su madre dudosa. Sabía que no era el tipo de vestido que su padre aprobaría.

– Sí, mamá. Segura.

Compraron los zapatos, el bolso y los accesorios que complementaran al vestido. Liliana se dio cuenta que estaba optando por artículos más atrevidos. Algo que antes nunca hubiera tenido la seguridad de elegir para ella misma, pero que gracias al tiempo que pasó con Leo, se acostumbró a usarlos.

“¿Esto es lo que me has dejado?” Se preguntó. Pensó que después de todo, algo bueno iba a sacar de su relación con Leo.

Cuando llegó a casa, fue al baño a ponerse todo para ver cómo le quedaba. Al verse en el espejo se sintió como una mujer segura y madura. Nada tenía que ver con la chica inmadura e indecisa que había salido a la capital apenas hace dos meses.

– Estás preciosa. — Dijo su madre la verla. A su lado, estaba su padre boquiabierto que no pudo hacer nada más que asentir con la cabeza.

Se terminaron de arreglar todos y se fueron camino al club.

“Hoy te toca ser feliz.” Se dijo con convicción al bajarse del carro de su padre en la fiesta.

La gente estaba sorprendida de verla. Parecía como si estuvieran viendo a otra persona, normalmente nadie le prestaba atención en esas fiestas porque ella se dedicaba a tomar fotos. Pero aquella noche estaba despampanante y se notaba en la reacción de la gente. Su padre la presentaba a la gente, orgulloso.

La fiesta empezó con un brindis y unas palabras de su padre que agradeció a todos por la celebración y especialmente agradeció a su familia.

Después una orquesta que habían contratado empezó a tocar música y la gente empezó a bailar. Liliana no tenía muchas ganas de bailar así que, poco a poco, se fue alejando con disimulo. Se sentó en una mesa viendo cómo bailaban sus padres, aquello siempre la había divertido.

— No me lo puedo creer. — Dijo una voz masculina detrás de sí. —

Pero si es Liliana.

Lili se giró y vio a Jorge, su expareja. No esperaba encontrárselo ahí, no había hablado nada con él desde que lo había dejado por ser muy aburrido. Jorge brindó hacia alguien en la pista de baile y al girarse Liliana a ver a quién era, vio a su padre sonriendo y guiñándole un ojo.

“Claro...quién más sino...” Aquello no podía ser obra de nadie más que su padre, que nunca entendió las razones por las cuales Liliana había dejado al chico.

Suspiró y se bebió de un sorbo el vaso de whiskey que tenía en las manos.

— Mira, Jorge. — Dijo con la garganta ardiendo por el whiskey. —

No sé qué te habrá dicho mi padre, pero no te hagas ilusiones, por favor.

— No me hago ilusiones. — Dijo agitando su copa. — Vine porque tu padre me invitó y no quería quedar mal con él. A pesar de eso, no puedo negar que estás, esta noche, como nunca.

Liliana volteó los ojos. Aprovechó para coger otro vaso de whiskey de un camarero que iba pasando en ese momento con una bandeja llena de bebidas.

—Salud. — Le dijo Jorge sonriendo cuando ella volvió a beberse el vaso de un solo sorbo.



LEONARDO

*Moriría por ti.
Por ti movería cielo y tierra si pudiera.
Cuánto daría por tenerte a mi lado.
Sin ti me sentiría acabado.
Ya la han visto por ahí.
Siempre tan distante e intocable, como siempre.
Eres el cielo y el infierno de mis sueños.
Y te he soñado tantas veces.
Nubes negras sobre mi corazón.
Nubes negras sin ti, todo se acabaría.
Nubes negras sobre mi corazón.
Nubes negras sin ti me moriría.
No podría estar sin ella.
Me moriría del dolor.
No podría soportarlo.
Cuando no siento su calor.
Cuando no siento su calor.
Nubes negras sobre mi corazón.
Nubes negras sin ti, todo se acabaría.
Nubes negras sobre mi corazón.
Nubes negras sin ti me moriría.
Uh estoy cansado, del juego.
No lo puedo soportar.
Nubes negras sobre mi corazón.
Nubes negras sin ti, todo se acabaría.
Nubes negras sobre mi corazón.
Nubes negras sin ti me moriría.*

Tenía en sus manos la letra de una canción que había escrito la noche anterior. Se había acostado en la cama y, como todas las noches, pensó en Liliana. Como si de inspiración divina se tratara, las ideas llenaron su mente y se levantó rápidamente a escribir lo que le venía a ella.

– Ven a la piscina, Bestia. – Le gritó desde el patio Jimmy. A su lado, moviendo la carne del asador estaba Carlos. Mario y Fer estaban en la piscina

en dos flotadores gigantes con forma de flamenco bebiendo cerveza. Apretó el papel con la letra de la canción en su mano y lo arrugó hasta hacerlo una bola luego, lo tiró al suelo.

Había pasado una semana desde que Mario se lo encontró tirado en el suelo embriagado y desorientado. Desde aquel día, su amigo se quedó con él e intentó levantarle el ánimo de varias maneras. Su más reciente idea había sido organizar una barbacoa con los demás integrantes del grupo, al fin y al cabo, eran como una familia.

—Estoy aquí bien. — Respondió Leo haciendo un gesto con la mano indicando que fueran ellos. A pesar de que se estaba recuperando poco a poco, aquel día no tenía muchas ganas de que le diera el sol ni mucho menos estar en la piscina.

— Vamos, Bestia. — Dijo Mario levantándose las gafas de sol. — A ti lo que te hace falta es pasar un día con los colegas y disfrutar como antes.

Leo agradecía la compañía de sus amigos, siempre en los malos momentos de los otros se habían tenido el uno al otro para apoyarse. A pesar de eso, esta vez, aunque estuviera acompañado, se sentía solo. El vacío que le había dejado Liliana al irse no se podía rellenar con la compañía de sus amigos. La chica había aportado a su vida algo que nunca nadie había traído.

—Voy... — Respondió sin ganas.

Fue a la encimera de la cocina y cogió unas gafas de sol de una cesta que había en el centro de ella. Se puso las gafas de sol y se envolvió en una manta que tenía en el sofá. Al salir al patio, escuchó una carcajada al unísono de sus amigos.

— ¿Ahora qué eres? — Dijo Fer mientras intentaba rescatar la botella de cerveza que se le cayó al agua riendo. — ¿Un fantasma?

Leo le enseñó el dedo corazón de la mano y se tapó más con la manta. No se sentía cómodo con el sol, era la primera vez en esa semana que salía a la luz del sol y la mayoría de las persianas de la casa estaban bajadas para tener la mayor oscuridad posible.

Se acercó y se sentó en una de las tumbonas alrededor de la piscina.

— Dejen tranquilo a Leo. — Dijo Mario que estaba haciendo un esfuerzo por contener la risa. — Lo que menos necesita es que vengamos a reírnos de él.

—Se me olvidaba que ahora eres su novia. — Dijo Carlos

bromeando. — A parte del vómito, ¿qué más le limpiaste? ¿La mierda?

Leo frunció el ceño y se quedó en silencio. Mario tampoco respondió y los demás hicieron bromas con el tema. La verdad es que Leo se sentía avergonzado, pero a la vez agradecido de que Mario lo hubiera ido a ayudar. Lo más seguro era que si seguía un par de días más el ritmo de beber que llevaba, terminaría con un coma etílico y si nadie iba a verlo, podría, incluso, morir.

Mario le contó que uno de los días que pasó durmiendo mientras se desintoxicaba del alcohol en la sangre, llamó a un médico a que lo viera. Según su amigo, el médico le dijo que podía estar agradecido de ser así corpulento, de lo contrario no hubiera aguantado el nivel de alcohol que tenía en la sangre.

— Si no fuera por él no estaría de aquí, panda de asquerosos. — Respondió Leo después de pensar un poco. — Así que le pueden agradecer el que puedan seguir disfrutando de mi presencia.

— Uy sí. — Bromeó Jimmy. — Ahora tenemos que agradecer que podamos “disfrutar” de la presencia de La Bestia.

— Si no es por mi presencia, agradece porque sigues teniendo cantante y puedes seguir produciendo dinero con el grupo

— ¡Ja! Tienes razón. — Dijo riendo. — Sin ti no tendríamos tanto público femenino.

— Me importan una mierda todas esas putas. — Respondió Leo.

Sus amigos se quedaron en silencio y solamente quedó de fondo el sonido de la carne asándose. Leo no quería que le hablaran de fanáticas. Estaba casi seguro de que en aquella fiesta se les habían acercado un grupo de mujeres, como de costumbre y se habrían ofrecido.

“El mayor culpable eres tú mismo, imbécil.” Se condenaba por haber sido tan débil. Siempre había decidido con qué chica quería estar, de hecho, se daba el lujo de escoger entre varias. Por esto aún no entendía cómo, estando con Lili, se había dejado seducir de una chica tan vulgar.

—Leo... es lo que somos y lo que hacemos. — Dijo Fer rompiendo el silencio. — Somos rockeros y así es nuestro estilo de vida...

—No sé qué clase de vida vacía quieren tener ustedes. — Dijo Leo en voz baja. — No pretendo que lo entiendan, pero, desde que Lili llegó a mi vida, me siento completo.

Nuevamente se generó un silencio incómodo. Leo sintió que se le aguaron los ojos al traer nuevamente el pensamiento de Lili.

Afortunadamente, tenía las gafas de sol y sus compañeros no podían verlo.

—¡Mariquita! — Gritó Mario para romper el silencio y le lanzó agua, mojándole la cabeza. Los demás se rieron y se unieron a él lanzándole agua a Leo, empapándolo por completo.

Leo se enfureció y se puso de pie para protegerse del agua. Por detrás, Carlos se le colgó a las espaldas y lo empujó hasta caer al agua. Todos rieron e incluso Leo soltó una sonrisa.

— ¡Es una Bestia mariquita mojada! — Volvió a decir Mario mientras se montaba encima de Leo intentando hundirlo.

Leo se dejó llevar el rato que estuvieron en la piscina. Quería volver a disfrutar de los momentos con sus amigos que eran los que siempre estaban con él. Jugaron un rato con un balón a lanzárselo los unos a los otros. Leo liberó un poco de estrés lanzándolo con fuerza hacia sus amigos intentando pegarles. Una vez Liliana les dijo que parecían unos niños pequeños por sus juegos, no hacían lo que la gente normal acostumbraba.

—Esto está listo ya. — Dijo Carlos cuando salió de la piscina y echó un vistazo a la carne en la parrilla. — ¡A comer!

Todos salieron de la piscina y se sentaron en una mesa mientras Carlos hacía los cortes a la punta de anca que había estado preparando. El baterista había heredado las cualidades de cocinero de su padre y se le daba muy bien.

“Que cabrón...huele de muerte.” Leo tenía una debilidad por la carne y la que preparaba Carlos era una de sus preferidas. Se atrevía a decir que la única persona que había preparado una carne mejor que la de su amigo había sido un chef de renombre que era famoso por echar la sal de una forma particular.

Carlos llevó los cortes de la carne y sirvió un pedazo a cada uno. Leo se detuvo a ver cómo comían sus compañeros y se dio cuenta de que eran como unos salvajes.

“Somos unos salvajes... ¿No podremos cambiar nunca?”

— Bestia. — Dijo Jimmy con la boca llena de carne. — ¿Has podido hablar con La Roja?

Leo le echó una mirada fulminante. Era evidente, debido a su estado, que no había podido tener ningún tipo de contacto con Liliana.

— Es una lástima. — Continuó mientras cortaba más carne. — Me caía muy bien... tendrás que buscarte otra.

— ¡No quiero otra! — Gritó Leo que se puso de pie de golpe y empujó la mesa, haciendo que todos los vasos se derramaran.

—Calma, Bestia. — Se apresuró Mario a agarrarlo. — Jimmy deja ya

el tema, por favor. ¿No entiendes que estamos para ayudar a Leo y no joderlo más?

Jimmy se encogió de hombros y siguió comiendo.

—Lo que no entiendo todavía, — dijo Carlos mientras se secaba la bebida gaseosa que le cayó en el pecho — es qué pasó aquella noche.

Leo ya había intentado hablar con Mario antes para ver si recordaba algo que a él se le hubiera pasado. Le preguntó si sabía si alguno de los demás recordaba algo, pero para ellos, la mente se les había nublado, incluso antes de encontrarse con Congo.

— Yo de lo único que me acuerdo, — dijo Mario — es que estábamos bebiendo Fer y yo. Luego unos “actores” se tropezaron con nosotros. Empezamos a discutir y cuando Fer cogió una botella y la rompió, ya llegó Leo a separarnos.

— Sí. — Dijo Fer. — También me acuerdo de eso. Después nos fuimos al otro extremo de la fiesta y allí nos encontramos con alguien... pero no recuerdo quién.

— Congo. — Dijo Leo que se había vuelto a sentar. — Nos encontramos a Congo y nos ofreció una pipa de vapor. El muy hijo de puta dijo que era una esencia traída de oriente, pero esa mierda era algo más que una esencia. Por eso no nos acordamos de nada.

— Jajaja — Carlos soltó una carcajada. El baterista era el que mejor se llevaba con Congo porque compartían muchos secretos culinarios cada vez que iban a comer allí. — El negro nos jodió.

— Pues a mí no me hace ni puta gracia. — Dijo Leo enfadado. — Yo no estaba bebiendo y estaba pasando la noche, tranquilo y al final, por culpa de ese maldito, se jodió todo con Lili.

Carlos paró de reírse y le esquivó la mirada. Los demás continuaron en silencio, por las caras que ponían parecía que estuvieran intentando recordar algo más sin llegar a conseguirlo.

— Ya, lo siguiente, — dijo Jimmy — fue que me desperté con una mujer desnuda en la habitación.

— Yo también. — Repitieron al mismo tiempo Mario, Carlos y Fer.

“Yo me desperté solo.” Pensó Leo. Le pareció extraño que él se hubiera despertado solo y sus demás amigos lo hubieran hecho acompañados.

— La asquerosa que estuvo conmigo se habrá ido antes de que me despertara. — Intervino Leo. — Sabrá Dios cuánto le pagaron por ir al programa de mierda ese.

—Pues con esa rompiste una de tus tantas reglas estúpidas. — Dijo Fer.

Leo no entendía a qué se refería. No había roto ninguna regla, lo que había hecho fue traicionar la confianza de Liliana y destruir la relación que tenía con ella.

—No me mires así, Bestia. — Continuó Fer. — Con esta ya te habías acostado antes.

Leo se sorprendió. No recordaba a la perfección a esa chica, pero el día que la vio en la televisión le resultó familiar.

— ¿No te acuerdas de tu regla de “no repetir”? — Dijo extrañado Fer.

Leo recordó que una vez, cuando empezaron a ganar algo de fama y las seguidoras les salían por todos lados, prometió que jamás repetiría compañía de una noche.

—Bueno, con La Roja ya se había ido a la mierda esa promesa. — Dijo Mario.

—Liliana no es ninguna mujer de una noche. — Dijo Leo mirando fijamente a Mario. — No sé si no se acuerdan, pero se las presenté como mi pareja.

Leo se puso de pie y se acercó a Fer. El bajista, que siempre había mostrado miedo hacia Leo cuando éste se le acercaba bromeando, se puso nervioso.

— Fer. — Le dijo Leo muy cerca de su cara mirándolo fijamente. — ¿Cómo sabes que yo ya había estado con esa?

— Pues es que... — El bajista tragó saliva, había empezado a sudar. — Seguramente no te acuerdas, pero en el penúltimo concierto de la gira, esa chica había entrado a mi camerino. Cuando tú pasaste a nuestro lado, dijo que se había equivocado y fue detrás de ti.

—¿Estás seguro? — Preguntó Leo intrigado.

—Sí, claro. — Respondió Fer. — Me acuerdo por el tatuaje que tenía en el brazo y por el par de tetas que tiene. Al verla en la televisión, la reconocí.

Leo se giró rápidamente y se fue hacia la casa en busca de su teléfono. Se le acababa de ocurrir una forma que no había pensado antes para esclarecer lo ocurrido aquella noche.

—Simón. — Dijo por el teléfono una vez le contestó. — No me preguntes cómo, pero necesito que consigas las grabaciones de las

cámaras de seguridad del hotel de la noche de la fiesta de la revista.



LILIANA

— ¿Otra copa? — Preguntó Jorge. Los colores típicos de beber alcohol ya se le notaban en la cara y, a veces, su lengua se enredaba hablando.

Liliana se había dedicado a beber una copa tras otra durante la fiesta. Aunque nunca había sido de beber a ese ritmo, a cada copa se sentía mejor y el recuerdo de Leo se esfumaba más. Decidió que, para disfrutar de aquella noche, bebería hasta que no se acordara del músico y se sintiera feliz.

Lo único que no le había dejado disfrutar la noche en tranquilidad era la compañía de Jorge. El que era su expareja se había pegado a ella como una lapa y no la había dejado en paz en toda la noche.

“¿A ti que más te da cuánto beba?” Se preguntó mientras vaciaba la copa de gin-tonic que había cogido momentos antes.

— No recuerdo que bebieras de esta forma. — Dijo soltando su risita típica. Liliana odiaba aquella risa, fue una de las primeras cosas que dejó de soportar de Jorge, la desquiciaba.

— Ni yo que fueras tan plasta. — Replicó cansada de su presencia. — ¿Por qué sigues aquí? ¿No te das cuenta de que me aburres?

En la cara del chico se notó la incomodidad al oír eso. Liliana supo que estuvo mal decirle eso así de directo, pero ya estaba aburrída de su presencia y sus comentarios estúpidos.

— Em... Tengo que ir al baño... No te pierdas. — Dijo Jorge intentando salir de aquella situación incómoda.

“Espero que te absorba el inodoro y no salgas nunca de ahí.” Le sonrió falsamente.

Aprovechando que por primera vez el chico la dejaba en paz aquella noche, fue a mezclarse entre la gente para que le fuera más difícil dar con ella. A tal punto de la noche, la fiesta se había animado lo suficiente como para que las señoras estiradas del club estuvieran bailando sin zapatos y con el pelo suelto. Liliana se rio al verlas, gracias a sus “trabajos” como fotógrafa de los eventos del club había sido testigo innumerables veces de la transformación de los asistentes.

De fondo sonaba la música de la orquesta. La música era animada, era

más del tipo de música para bailar que para escuchar, pero era perfecta para que una fiesta estuviera animada. Liliana se acercó al lugar donde estaban y se quedó un rato observándolos. Los integrantes de la orquesta eran diez. Siete hombres y tres mujeres, todos de piel oscura. Los hombres llevaban un pantalón negro y una camisa de lentejuelas brillantes rosadas. Las chicas llevaban los mismos colores, pero con faldas muy cortas y en lugar de camisas, llevaban un top.

Liliana se quedó embobada mientras veía la energía que tenía la orquesta entera. Ninguno paraba de bailar mientras tocaban sus instrumentos y cantaban. Fijó su mirada en el cantante. Se concentró en sus labios y se quedó hipnotizada con el movimiento de ellos mientras cantaba. De un momento a otro, su piel empezó a aclararse y le empezó a salir barba. El cantante se estaba transformando en Leo, Liliana no paraba de frotarse los ojos al no dar crédito a lo que estaba viendo. Poco a poco, el cantante se continuó transformándose en Leo.

Liliana soltó una carcajada cuando su visión se materializó. Estaba viendo a Leo cantando y bailando con aquella ropa con la orquesta. Aquel estilismo no pegaba con el chico rockero que ella había conocido, la camisa de lentejuelas rosadas lo hacía ver ridículo, más incluso que con la ropa tropical que le había dado Congo en su primera cita.

Aun así, se divirtió como nunca viéndolo bailar y cantar ese género musical.

— Señoras y señores. — Dijo el cantante de la orquesta transformado en Leo. — Cojan a sus parejas y bailen muy pegado. Espero que canten con nosotros la siguiente salsa.

Empezaron a sonar los bongos, el bajo, la conga, las maracas, el piano y las trompetas con una melodía de salsa que Liliana reconoció al instante. Aquella canción era típica en las discotecas y la gente la bailaba y la cantaba con mucho sentimiento. Las chicas del coro se movían al mismo ritmo y Leo, a su lado, también bailaba frente al micrófono.

*He llenado tu tiempo vacío de aventuras y más.
Y mi mente ha parido nostalgia por no verte ya.
Y haciendo el amor te he nombrado sin quererlo yo.
Porque en todas busco lo salvaje de tu sexo amor.
Hasta en sueño he creído tenerte devorándome.
Y he mojado mis sábanas blancas recordándote.
En mi cama nadie es como tú.*

*No he podido encontrar la mujer
que dibuje mi cuerpo en cada rincón.
Sin que sobre un pedazo de piel.
Ay, ven, devórame otra vez.
Ven, devórame otra vez.
Ven castígame con tus deseos más...
Que el vigor lo guarde para ti.
Ay, ven, devórame otra vez.
Ven, devórame otra vez.
Que la boca me sabe a tu cuerpo.
Desesperan mis ganas por ti.*

Mientras los instrumentos hacían el puente para la siguiente estrofa, Leo se acercaba a las coristas y bailaba con cada una de ellas. El corazón de Liliana era una mezcla de sentimientos. Se sentía furiosa por tenerlo en frente bailando y cantando feliz, pero también se sentía débil. Estaba locamente enamorada por él y verlo ahí, frente a ella, la hacía desearlo nuevamente.

*Hasta en sueño he creído tenerte devorándome.
Y he mojado mis sábanas blancas llorándote.
En mi cama nadie es como tú.
No he podido encontrar la mujer...
Que dibuje mi cuerpo en cada rincón
sin que sobre un pedazo de piel.
Ay, ven, devórame otra vez.
Ven, devórame otra vez.
Ven, castígame con tus deseos más,
que el vigor lo guarde para ti.
Ay, ven, devórame otra vez.
Ven, devórame otra vez.
Que la boca me sabe a tu cuerpo
desesperan mis ganas por ti.*

La canción terminó con un gran aplauso por parte del público que había cantado a todo pulmón los coros. Los que habían bailado en la pista de baile quedaron exhaustos y extasiados al mismo tiempo. Leo, en la tarima, les agradeció y comentó que la orquesta se iba a dar un descanso de unos treinta minutos y volvería. Un DJ empezó a poner más músicaailable mientras los integrantes de la orquesta se iban detrás de la tarima.

Un impulso motivó a Liliana a irse detrás de Leo. Al llegar a él, lo agarró

del hombro y, al girarse, su cara se había transformado nuevamente en la del cantante de piel oscura de la orquesta.

— ¿En qué puedo ayudarte? — Le preguntó el cantante, sonriendo.

— E-es q-que... — Liliana no sabía qué decir, se había quedado impresionada por el cambio.

Estaba confundida, habría jurado que el Leo que había visto era cien por ciento real. No se había dado cuenta de que era una alucinación producto de su mente.

— ¿...De casualidad no es familiar de un hombre que se llama Congo? — Improvisó para no quedar como una estúpida.

— No... — El hombre la miró confundido arqueando una ceja.

— ¡Qué tonta! — Dijo soltando una risa nerviosa. — Me habré confundido, disculpa.

Se dio media vuelta y se fue lo más rápido posible. Pasó nuevamente por entre la gente pensando en la visión de Leo que acababa de tener y en la mezcla de sentimientos que tenía. Se acababa de dar cuenta de lo perdidamente enamorada que estaba del rockero. Nunca se había detenido a pensarlo.

Mientras caminaba ensimismada en sus pensamientos sin rumbo, divisó a lo lejos a Jorge que parecía estarla buscando por entre la gente. Se agachó para esconderse y se fue en otra dirección.

—Cuidado por dónde caminas. — Le dijo un hombre al tropezarse con él. Entre que estaba muy alicorada y que estaba caminando agachada, sus pasos eran torpes.

— Discúlpame. — Levantó la mirada y vio nuevamente a Leo.

Se quedó boquiabierta, no era posible que estuviera ahí, ya era la segunda vez en la noche que lo veía y sabía que su mente le había jugado antes una mala pasada con el cantante de la orquesta. Pero era muy real, estaba al frente suyo, incluso desprendía su olor.

— ¿Leo? — Preguntó estupefacta.

— ¿De qué hablas, niña? — Preguntó mientras su cara se transformaba en la de un hombre desconocido, alto y canoso. — Estos jóvenes... beben sin saber controlarse...

El hombre se fue mientras Liliana, perpleja, lo miraba alejarse. Empezó a sentirse agobiada en aquel lugar, su cabeza daba vueltas y le costaba respirar. Como pudo se acercó a una silla y se sentó en ella. Se sentía asfixiada y

acalorada.

— ¿Estás bien? — Preguntó una voz masculina.

“Que no sea Leo, por Dios”, pensó antes de girarse.

Unos minutos antes no hubiera pensado que se aliviaría al ver el rostro de Jorge, pero se alegró al ver que era él y no otra alucinación de Leo.

— Jorge, necesito irme de aquí. No quiero dañarles la celebración a mis padres. ¿Podrías llevarme a casa?

El chico asintió y la tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Liliana apenas podía caminar, la mezcla de bebidas alcohólicas que había estado haciendo toda la noche le empezó a pasar factura. No podía mantener el equilibrio, sus piernas no le respondían y la vista se le nublaba por momentos. Jorge, que no era muy corpulento, se vio en apuros para ayudar a Liliana a llegar hasta su coche.

De camino a su casa, los párpados empezaron a cerrársele como si tuviera atados a ellos pesos de toneladas. No podía mantenerlos abiertos por más de dos segundos. Bajó la ventana para que el aire frío de la noche la despertara un poco, pero no le sirvió de nada, los párpados se le cerraban aún con más frecuencia.

Una de las veces que se le cerraron los párpados, le fue casi imposible volverlos a abrir. Lo consiguió haciendo un gran esfuerzo y, al ver a su lado, vio a Leo conduciendo el carro.

Por tercera vez esa noche veía a Leo. Se dijo a sí misma que era imposible, que estaba alucinando, pero la imagen del rockero era muy real. Fijó su mirada en la cara del chico. Su barba y su pelo largo hacían que pareciera un salvaje varonil, aquello era lo que más le había gustado del chico desde el día que se conocieron. Se fijó en sus brazos musculosos sujetando el timón del carro, lo hacía con tal firmeza que todos y cada uno de los músculos se marcaba. Liliana empezó a sentir que se ruborizaba y que su vientre se calentaba.

— Leo... — Dijo Liliana en voz baja mientras lo miraba. El chico se giraba hacia ella y ella se mordía un labio en respuesta.

Liliana se abalanzó sobre él. Lo besó intensamente casi sin respirar. Tenía tantas ganas de estar con él que no podía aguantarse. Leo detuvo el carro a un costado de la carretera porque ella no paraba de besarlo. Se bajaron y se sentaron en el asiento trasero. Con un empujón, Leo la tiró en la silla y se le puso encima. Metió su mano debajo de su vestido y, con un jalón fuerte, le

quitó las bragas.

Liliana sentía su vientre caliente y húmedo, era como si su cuerpo le pidiera que Leo estuviera dentro suya. Guio la mano de Leo hacia su pubis nuevamente para que la tocara. Leo jugueteaba con su clítoris con su pulgar al mismo tiempo que introducía dos dedos en su vagina. Con cada movimiento de los dedos de Leo, Liliana se retorció de placer.

Leo paró de tocarla y se desabrochó el pantalón. Agarró su miembro erecto con la mano y lo introdujo en la vagina de Liliana. La primera embestida fue tan fuerte que hizo gritar a Liliana. A pesar del dolor que le produjo, sintió placer. Se agarró con las uñas a los glúteos de Leo y lo apretó contra ella con más fuerza.

—No aguanto más. — Dijo Leo al poco tiempo de estarla penetrando una y otra vez.

—No, por favor, aguanta más. Quiero más. — Dijo Liliana. Había extrañado a Leo y necesitaba que su encuentro durara más, quería saciarse por completo de él.

Leo soltó un gemido y se arqueó hacia arriba. Liliana se decepcionó de que hubiera eyaculado tan pronto, no había disfrutado lo suficiente y ni siquiera había podido tener un orgasmo ella. Era la primera vez que le pasaba aquello con él, normalmente ella tenía de dos a tres orgasmos antes de que el rockero tuviera el suyo.

Leo se dejó caer sobre ella y la besó en la boca. Mientras la besaba, Liliana se sintió rara. Leo movía la lengua de una forma diferente a la habitual, de hecho, era torpe con sus besos. El aroma que desprendía empezó a cambiar, Liliana se extrañó y, de un empujón, lo apartó de ella.

La imagen de Leo se había esfumado y tenía encima se sí, con el pene flácido en la mano, a Jorge. Se horrorizó al darse cuenta de que acaba de tener relaciones sexuales con él y no con Leo, como creía. De un empujón, se quitó al chico de encima y se bajó del corriendo del carro.



LEONARDO

— En algún lado tiene que estar. — Dijo Leo mirando a la pantalla del computador. — Hay que averiguar a qué hora llegamos e intentar seguir las cámaras.

—Eso lo tendrás que buscar tú. — Dijo Simón mirando su reloj. — Yo tengo un compromiso. No te imaginas lo que me costó conseguir esto.

El representante cerró el computador portátil y le quitó la memoria USB que tenía en el lateral derecho. Se la dio a Leo y recogió el resto de sus cosas. Simón le dio una palmada en la espalda y se fue en dirección a la salida de la casa.

—Tendrás que salir en un comercial de la cadena hotelera. — Dijo mientras abría la puerta de espaldas a Leo. — Es una de las condiciones que me pusieron para tener esas grabaciones...

Leo no le prestó atención y se dirigió lo más rápido posible al cuarto de cine que tenía en la casa. Introdujo la memoria USB en el proyector y empezó a buscar una imagen en la que salieran ellos. Había grabaciones las 24 horas de cada una de las cámaras del hotel. Para su desgracia, los vídeos no estaban nombrados ni sabía qué cámara correspondía a cada parte del hotel, así que tendría que ir pasando todas las grabaciones para ver las que necesitaba.

Desde el día del asado en la piscina con sus amigos, estaba seguro de que algo no encajaba en la historia de la chica. A pesar de que no tuviera conciencia de aquella noche, tenía la plena seguridad de que él se había despertado solo. Aunque no estaba muy seguro, tenía un vago recuerdo de que se había despertado con los pantalones puestos. No tenía la imagen en la mente de aquella mañana porque todo pasó muy rápido, por lo que no confiaba en su recuerdo de tener un pantalón. Cabía la posibilidad también de que fuera su subconsciente intentando tapar que había hecho mal.

“Tengo que encontrar algo”, pensó mientras veía las grabaciones intentando encontrar la cámara de la entrada del hotel. Eran tantas que parecía una tarea imposible.

— ¡Esta! — Exclamó con emoción al descubrir la grabación de la cámara de la recepción del hotel.

Se alegró de que después de media hora pasando grabaciones, hubiera, finalmente, encontrado la cámara correspondiente a la de la entrada. Lo único que necesitaba ahora era ir adelantando la grabación hasta el momento exacto en el que ellos entraron para ir armando las piezas del rompecabezas.

“Nosotros salimos hacia la fiesta a las diez de la noche. Así que por lo menos a partir de esa hora podré ir viendo la grabación.”

Adelantó la grabación hasta las diez de la noche, en la parte superior de la grabación aparecía un reloj en el que indicaba la hora. A las 22:05 aparecieron ellos en la grabación dejando el hotel. La adelantó un poco más rápido, aunque no tenía la noción del tiempo que habían estado en la fiesta, sabía que, al menos, habían transcurrido dos horas desde que salieron hasta que intervino en la pelea de sus amigos.

A la 01:18 aparecía en la entrada del hotel Simón. Leo recordaba que él se había ido antes y le había encargado que cuidara de sus compañeros. Pensó que no debía faltar mucho para que aparecieran ellos en la entrada del hotel.

Leo adelantó más la grabación y a las 04:33 apareció Jimmy por la entrada. Agarrada a su brazo, iba una chica con poca ropa, era la típica mujer que se metía en sus camerinos después de un concierto. Tras él entraban Mario y Carlos. Mario entraba tambaleándose debido a que llevaba a una chica a cuestas y Carlos llevaba de la mano a su acompañante como si de una dama de la corte se tratara.

Por último, entraban al hotel Leo y Fer. Cada uno acompañado de una mujer. La de Fer iba colgada a su cuello, aunque el bajista no le quitaba la mirada de encima a la acompañante de Leo. A pesar de que entraban juntos, eran los únicos que no mantenían contacto al caminar. Leo vio cómo en la grabación, un par de veces la chica intentó acercarse a él, pero este la apartó con empujones.

Quitó la vista de la grabación y suspiró decepcionado. Había guardado la esperanza de no haber tenido compañía aquella noche y que la historia de la chica fuera una mentira. Llegó a fantasear con que tenía las pruebas de que no había estado con esa chica, se las enseñaba a Lili y esta lo perdonaba. Se golpeó las piernas fuertemente, se sentía frustrado y fracasado. Había perdido a la única persona que lo había hecho sentir diferente por no saber controlar sus instintos naturales.

“No cambiaré nunca... soy una mierda de persona...”, se dijo a sí mismo mientras se llevaba la mano a la cara.

Se quedó sentado en la sala de cine mientras de fondo seguía reproduciéndose la grabación en el proyector. Pensó que, a lo mejor, debía intentar empezar a aceptar que había perdido a Liliana y que no tendría forma alguna de hacerla volver con él.

Al cabo de un par de minutos, decidió irse de aquel lugar. Se quitó la mano de la cara y en ese instante en la grabación que no había parado, estaba saliendo muy apresurada la chica que había entrado con él. Detuvo la grabación en ese momento, se fijó bien en la chica para confirmar que no fuera una confusión. No había lugar a duda, era la chica, en el fotograma en el que había detenido la grabación, se veía el tatuaje que llevaba en el brazo.

“Son las 04:38 en la grabación- ¡No estuvo ni cinco minutos conmigo!” Se emocionó al saber que, en aquel espacio de tiempo, no había podido haber ocurrido nada entre ellos. Además, por la forma tan aireada en la que salía la chica del hotel, se podría pensar que estaba enfadada.

La tarea que tenía que cumplir ahora, era buscar cámara por cámara para montar la secuencia del vídeo desde que entraban al hotel hasta que ella salía para hacerse una mejor idea de lo ocurrido.

Se tomó todo el resto del día en descubrir las cámaras de la ruta que habían seguido dentro del hotel. No paró ni para beber agua, se centró en terminar su tarea y perdió la noción del tiempo. Paró para dar un respiro antes de reproducir la secuencia completa. Salió de la habitación y fue al baño para orinar, hasta ese momento no se dio cuenta de que había pasado ya todo el día, afuera estaba oscuro. Volvió a la sala de cine y presionó el botón de reproducir para contemplar la secuencia completa.

En la secuencia, después de que todos entraran, se dirigían al ascensor de la primera planta. A mitad de camino, Mario bajaba a la chica que tenía a cuestas y le metía la mano bajo la falda, la chica, con un golpecito, se la quitaba y se echaba a reír. Los demás seguían su camino muy juntos a las chicas con las que iban, todos menos Leo, que cada vez se apartaba más de la que estaba con él. Una vez llegaban al ascensor, Leo se ponía en la parte más cercana a la puerta y se apartaba aún más de la chica del tatuaje que se quedaba más al fondo. Antes de que se abriera el ascensor en la planta en la que se estaban quedando, Fer se acercaba a la chica del tatuaje y le decía algo al oído. Esta lo empujaba y él miraba para otro lado. Al llegar a la planta de sus habitaciones, cada uno entraba a la suya con su chica y al abrir la puerta de su habitación, Leo empujaba a la chica del tatuaje y ponía un brazo en la puerta impidiéndole entrar. Parecían tener una discusión y Leo, con un

movimiento rápido, entraba en su habitación, cerrándole la puerta en la cara. La chica daba puñetazos y patadas a la puerta, gritaba y se iba furiosa, con paso aligerado.

Al ver aquella grabación, la mente de Leo se despejó como si de una revelación se tratase, recordó completamente qué había ocurrido aquella noche.

Recordó que, al fumar de la pipa de vapor de Congo, su cuerpo empezó a sentirse frío y después se sintió mareado. Sintió que en su cara se dibujó una sonrisa y al verse con Mario, que también tenía una sonrisa de oreja a oreja, se echaron a reír.

Estuvieron al menos media hora hablando y riendo mientras fumaban todos de la pipa. Al fondo del salón dónde estaban, había un grupo de chicas que no paraba de mirarlos. Mario las llamaba y estas iban con ellos. Casualmente eran cinco, como ellos.

Al lado de Leo se sentó una chica con un tatuaje en el brazo y el cantante, no le prestó atención. Siguió hablando con Congo como si ella no estuviera a su lado. Cada vez más, sus compañeros se reían con las chicas que se habían sentado a sus lados, pero él seguía hablando y riendo con Congo. Después de un tiempo, el moreno le decía que tenía que irse y se despedía.

— ¿No te acuerdas de mí? — Le preguntó la chica del tatuaje una vez se quedaron solos.

Leo se encogió de hombros y bebió un poco de agua. No le interesaba aquella chica, con cada inhalación de la pipa de vapor, pensaba más y más en Liliana. Tuvo incluso una alucinación de que ella estaba sentada a su lado, por ese motivo estaba sonriendo tanto.

— Nos acostamos hace poco. — Dijo la chica con tono sensual. Puso su mano sobre la pierna de Leo y le guiñó un ojo.

— Si tuviera que guardarme las caras de cada mujer a la que me he tirado, no tendría espacio en la mente. — Respondió con tono seco. Su sonrisa se esfumó y de un movimiento brusco con la pierna, se quitó la mano de la chica de encima.

El efecto de felicidad de la esencia de la pipa de vapor se le pasó como si le hubieran echado un vaso de agua helada encima. Por su parte, el resto de la noche la pasó observando a sus amigos e ignorando a aquella chica. Después de una hora, le pidió a Mario irse del lugar a lo que el chico le respondió que era buena idea, se pusieron de pie todos con sus acompañantes y llamaron a

una limusina.

En el camino en la limusina, siguieron bebiendo. Leo aceptó un vaso de whiskey porque Carlos insistió tanto que no tuvo opción a negarse. Las chicas estaban bailando en los asientos de la limusina y se iban quitando la ropa poco a poco. La chica del tatuaje intentó besar a Leo y este la empujó nuevamente.

— En serio, no sé qué quieres. — Le dijo de mala gana.

Al llegar al hotel, cada uno se dirigía a su habitación con su acompañante y al llegar a la suya, la chica intentaba entrar.

— ¡Que te vayas! — Le gritó a la cara. — No me interesas. Entiende que no significas ni significarás nada para mí. Ni siquiera me acordaba de ti al día siguiente de acostarnos, déjame en paz. Vete.

Rápidamente entraba a su habitación y le cerraba la puerta en la cara.

— ¡Te vas a arrepentir de esto! — Gritó al otro lado la chica luego de dar varios golpes a la puerta. — ¡Eres un desgraciado!

“...Y tú una puta...”, pensó cuando escuchó los pasos de la chica alejarse de la habitación.

Después de eso, se quitó la camiseta y los zapatos y se acostó en la cama con el pantalón aún puesto. Su cabeza le daba vueltas, el efecto de la esencia de Congo le volvía con más fuerza todavía.

— ¡No hice nada! — Gritó de alegría al recordar todos los sucesos de la noche. La chica estaba mintiendo y seguramente era resultado de su venganza por la forma en la que la trató Leo. Dio unos saltos por la emoción, se sintió muy bien consigo mismo al saber que no había hecho nada y que se había controlado. Al fin y al cabo, parecía que sí podía cambiar y dejar de ser el mismo de siempre.

“Y ahora... ¿Cómo se lo digo a Lili?”, pensó después de que se le pasó la euforia. Ni siquiera sabía dónde se encontraba la chica ni, mucho menos, si le iba a creer.



LILIANA

Corrió lo más rápido que pudo para alejarse del carro de Jorge. La noche estaba fría y oscura. Había hecho que Jorge detuviera su coche a medio camino entre el club, que quedaba a unos quince kilómetros, y la ciudad. Corría todo lo rápido que podía con sus zapatos de tacón, le resultaba muy complicado manejarlos.

“¿Qué he hecho?”, se preguntó horrorizada y asqueada al mismo tiempo. No se podía explicar cómo había podido acostarse con Jorge pensando que era Leo. La cabeza le daba vueltas por todo el alcohol que había bebido aquella noche.

“Al final...soy igual que él”, pensó mientras se le caían unas lágrimas. Se recriminó a sí misma sus acciones. Se había alejado de Leo porque se había acostado con otra mujer, pero ella no había podido manejar su borrachera y había terminado acostándose con otro.

“Y.... ¿Si le pasó lo mismo? ...A lo mejor, pensaba que era yo...” No paraba de darle vueltas mientras corría. A sus espaldas escuchó el ruido del motor del carro de Jorge arrancar y las luces acercarse a ella.

— ¿Qué haces, Lili? — Le preguntó el chico por la ventana del carro una vez se puso a su lado. Liliana bajó el ritmo y siguió caminando.

— Lo siento, Jorge... — Respondió. — No sé qué ha pasado, pero, de verdad, ha sido un error.

— No ha sido un error. — Respondió Jorge que la seguía lento en el carro. — Nuestros cuerpos se llaman, sabía que lo sentías igual que yo.

— No, Jorge, tú no lo entiendes... — No quería decirle la verdad, pero sabía que se había metido en una situación muy difícil de manejar. Ahora tendría que quitarle de la cabeza a Jorge que ella quería estar con él.

Se detuvo y el chico hizo lo mismo con el carro. Abrió la puerta y se volvió a subir en él. Se tapó la cara y le pidió que la llevara a su casa.

No dijo ni una sola palabra en el trayecto. No hacía más que castigarse mentalmente por lo que había hecho. Se había ganado un problema ahora más grande al darle falsas esperanzas a Jorge, si algo sabía hacer el chico, era ser muy pesado.

Al llegar a su casa se bajó del carro sin siquiera despedirse de Jorge. Este

le intentó dar un beso, pero ella abrió la puerta y le dio la espalda. Buscó las llaves en su bolso al llegar a la puerta y suspiró derrotada antes de abrirla.

—Mañana paso por ti. — Gritó desde el carro Jorge segundos antes de que ella cerrada la puerta de la casa de golpe.

La casa estaba vacía, sus padres seguramente seguían en la fiesta del club. Caminó por los pasillos de su casa sin encender la luz, se sentía derrotada y desanimada. Llegó hasta su habitación, se tiró en la cama y se tapó la cara con un peluche de un oso que tenía desde que tenía doce años. Unas lágrimas se le saltaron y se apretó más fuerte el peluche contra la cara.

Estuvo así un tiempo hasta que se quedó dormida. Aquella noche fue la primera desde que se fue de la capital que no se despertaba varias veces con sueños agobiantes sobre Leo. Aunque ya había bajado su estado de embriaguez, aún tenía mucho alcohol en la sangre y eso la ayudó a caer en un sueño profundo.

— Despiértate, cariño. — Escuchó la voz de su madre mientras abría las cortinas. Aunque el peluche del oso ya no le tapa la cara, seguía en la misma posición en la que se había dormido. — Tienes visitas.

“Ay no...” Miró con los ojos entrecerrados a la luz que se colaba por la ventana. Supuso que era al menos el medio día por la intensidad de los rayos que entraban. Sabía perfectamente quién venía a visitarla, por lo que no tenía ganas de moverse.

— Puedes pedirle que se vaya. — Le dijo Liliana a su madre mientras se rascaba los ojos.

— Ya sabes cómo es tu papá con él. — Dijo encogiéndose de hombros. — A veces pienso que debería ser su novio él.

Su madre soltó una risita y salió de la habitación. Liliana respiró hondo y empezó a pensar en qué se le podría ocurrir para quitarse a Jorge de encima. Se acercó a su baño para lavarse un poco la cara. Al verse al espejo se dio cuenta de lo mal que estaba. No se había quitado ni la ropa ni el maquillaje, que, por las lágrimas, se le había corrido por toda la cara. Tenía unas ojeras grandísimas y el pelo enredado.

“Que me espere... así tengo más tiempo de pensar qué le voy a decir”, pensó al meterse en la bañera.

Abrió el grifo del agua caliente dejando que se llenara la bañera. Se relajaba tomando largos baños de agua caliente y aquel día lo necesitaba como nunca. Se acercó al mueble que tenía debajo del lavamanos y sacó unas sales de baño que le había regalado su madre. Las echó sobre el agua de la

bañera mientras terminaba de llenarse.

Se metió en la bañera sumergiendo todo su cuerpo en el agua. Sin saber por qué, pensó en Leo, en lo feliz que había sido a su lado y en la rabia que le daba que se hubiera acabado todo porque él no había sido capaz de abandonar sus viejas costumbres.

Cogió la esponja para limpiarse mientras seguía pensando en sus experiencias con Leo. Cada vez que llevaba la esponja a un lugar diferente de su cuerpo, tenía un recuerdo de algo con Leo. Al llevarla a su vientre, el recuerdo que le vino fue la imagen de la noche anterior de Jorge, sacando su pene flácido de su interior. Se sintió sucia y se restregó con la esponja su zona íntima con tal fuerza que se hizo daño.

Una vez terminó de ducharse, fue a su armario y se puso un pijama. Pensó que así, si Jorge le proponía salir, le diría que se sentía mal y que no tenía muchos ánimos de ir a ningún lado. Una vez se deshiciera de él ese día, se dedicaría a pensar en que podía hacer para quitárselo de encima de una vez por todas después.

Bajó a la sala y se encontró a Jorge y su padre, hablando, sentados en los sillones. Pensó en cuántas veces había visto esa escena, en ese momento le dio la razón a su madre. Desde el principio, Jorge era más del agrado de su padre que de ella misma.

— ¿Qué quieres? — Preguntó cuando llegó al lado de los dos. Besó a su padre en la mejilla y siguió de largo cuando pasó al lado de Jorge.

— Hija, no seas así de mal educada. — Dijo su padre.

— No te preocupes, Pablo. — Intervino Jorge. — Tenemos tanta confianza entre los dos que no hace falta que nos saludemos como si fuera un protocolo.

Liliana volteó los ojos cuando al terminar de decir eso, Jorge le guiñó un ojo.

— Bueno, los dejo solos entonces. Tortolitos. — Su padre se puso en pie y salió de la sala.

— No sé de qué manera decir esto para que no suene muy mal. — Dijo Liliana una vez se quedaron solos. — No quiero nada contigo. Déjame en paz y vete.

— No me pareció que quisieras eso ayer cuando te me lanzaste encima. — Respondió Jorge adoptando una actitud altiva.

Liliana se llevó las manos a la cara, frustrada. La mayor cualidad que tenía Jorge era que era muy insistente. De hecho, cuando lo había dejado, se

fue de la ciudad para que la dejara en paz. Todos los días iba a buscarla. Parecía como si no entendiera los rechazos y no le afectaban ni las malas palabras ni los desplantes en la cara.

“A ver qué hago ahora...”

— Mira, Liliana. — Prosiguió el chico. — No sé que tienes, pero me tienes obsesionado por ti. Desde que te fuiste no he parado de pensar en ti y ahora que has vuelto, no te voy a dejar escapar nuevamente.

— ... ¿No entiendes que no quiero estar contigo?

— No, la que no entiende eres tú. — Respondió sonriendo y agitando un vaso de whiskey que tenía en su mano. — Si no estás conmigo, me encargaré de destruirte a ti y a tu familia. Así que, más bien, ve y habla con tu padre y pregúntale por qué tienes que estar conmigo.

Jorge se bebió el whiskey que le quedaba en el vaso, se puso de pie y se acercó a ella. Estaba estupefacta, jamás le había hablado Jorge de esa forma. De hecho, era un chico muy fácil de manejar, parecía que se hubiera convertido en otra persona aquella mañana.

— Au revoir — Le dijo al oído, mientras le acariciaba el pelo. Le dio una palmada en el culo y se fue.

Liliana, que no salía de su asombro, se fue rápidamente en busca de su padre para pedirle una explicación. En la cocina se encontraban su padre y su madre discutiendo. Al ver que Liliana había entrado, interrumpieron la conversación y ambos le sonrieron.

— ¿Se puede saber por qué Jorge me dice que tengo que estar con él? — preguntó aireada. Su madre y su padre se quedaron callados, con los ojos abiertos.

—Hija, estamos hablando. — Dijo su padre. — Puedes dejarnos un momento.

—No. Necesito saber a qué se refiere Jorge con que no entiendo nada. Y por qué me ha dicho que te pregunte a ti para obtener respuestas.

— No sabemos a qué te refieres. — Respondió su madre con la voz temblorosa.

— Los conozco perfectamente como para saber que me están ocultando algo. — Liliana estaba al borde de la desesperación. — ¿Me lo van a decir o qué?

Liliana buscaba respuesta en las caras sus padres, pero ninguno de los dos

le respondía. Finalmente, su padre soltó un suspiro desganado y le respondió.

— Hija... Jorge y yo nos conocimos por su padre, un viejo conocido con el que iba a realizar unas inversiones. Al llegar a la ciudad, se enteró que tenía una hija más o menos de la edad de su hijo y me pidió que los presentara. Así podría conocer a alguien y no estaría solo en la ciudad. Nunca pretendí que ustedes dos terminaran teniendo una relación, pero al final resultó siendo así. Cuando tú lo dejaste me sentí aliviado, aunque aquello generó tensiones entre su padre y yo. Afortunadamente, el padre de Jorge no hizo caso a las quejas de su hijo y mantuvo su relación comercial conmigo al margen de lo que él exigía.

Su padre hizo una pausa. Liliana se sentía como una pieza de un juego a la que habían estado moviendo a su antojo sin que ella lo supiera.

—Al poco tiempo de irte a la capital, mi socio murió. Jorge tomó el mando de los negocios y no sé de qué forma, pero logró que su capital sobrepasara al mío haciéndose dueño de la mayor parte de nuestra sociedad. Me exigió que te trajera de vuelta para que estuvieras con él, de lo contrario nos quitaría todo lo que tenemos.

Su madre se acercó a ella y la abrazó. Tenía los ojos llorosos y una expresión de culpa en la cara. Liliana seguía sin poder asimilar todo lo que su padre le estaba contando.

—No encontré una forma más rápida para traerte de vuelta a casa que lograr que te despidieran del periódico. A eso se le sumó la casualidad de que tu prima nos contó la relación que estabas teniendo y pudimos usarlo como excusa.

—Espera. — Interrumpió Liliana. — ¿Me estás diciendo que todo aquello no fue por mi relación sino porque Jorge me exigía aquí?

— Sí, hija. — Respondió su madre. — Lo sentimos mucho, pero no te puedes llegar a imaginar lo mucho que dependemos ahora de él. Puede hacer y deshacer lo que quiera con nosotros en estos momentos. Lo sentimos mucho.

—No esperábamos que te negaras a venir cuando te quedaste sin trabajo. Aquello hizo que tuviera problemas de salud por el estrés. Todos los días tenía que inventarle una excusa a Jorge para explicarle por qué aún no habías llegado. No te puedes imaginar el alivio que sentí el día que me llamaste para decirme que querías volver.

Tenía el corazón agitado. Esa confesión era algo más retorcido de lo que jamás se podía llegar a imaginar. Su padre siempre había querido controlar su

vida, pero ahora era Jorge el que los estaba obligando a ellos a hacer cosas para que Liliana estuviera con él. Pensó en que la noche anterior tuvo sexo con él y le dieron arcadas. Se sentía como una puta a la que podían comprar.

— ¿Me están vendiendo entonces como una esclava? — Preguntó desesperada. No podía comprender como sus padres estaban jugando a aquel juego de Jorge.

— No es eso, hija... — Dijo su madre.

— ¿Entonces qué? — Preguntó enfadada.

— Lili... — Dijo su padre cabizbajo y avergonzado. — Si no hacemos lo que Jorge quiere, nos quedamos en la calle. En estos momentos es prácticamente dueño de todas nuestras posesiones.

Liliana salió de la cocina al patio a tomar un poco de aire. No terminaba de procesar toda la información que le habían dado.

“Entonces... ¿Tengo que estar con Jorge?”



LEONARDO

— Hoy, en exclusiva, les traemos pruebas del engaño de “La Novia de Avalor”. — Dijo el presentador del programa de chismes. Así se habían encargado de llamar a la chica del tatuaje que se había convertido en noticia tras soltar que se había acostado con Leo en la televisión.

Leo estaba sentado en la oficina de Simón, viendo la televisión. Llevaban todo el día esperando a que fuera la hora del programa para confirmar que si fueran a desmontar la mentira de la chica del tatuaje.

Cuando Leo vio las grabaciones del hotel y recordó los sucesos de aquella noche, decidió que debía buscar la forma de desmantelar la historia falsa de aquella chica. Pensó que publicarlo en la televisión, de igual manera que se había formado el chisme, haría que llegara más pronto a Liliana. Confiaba en que de esta forma su amada le creyera para volver con él.

— Como todos ustedes saben, mis queridos telespectadores, en este programa tenemos un compromiso fiel con la verdad. — A Leo le hervía la sangre al ver aquella gentuza de la televisión. Se enriquecían a hablar de la vida de los famosos inventándose la gran mayoría de las historias. Le hacía gracia que dijeran que tenían un compromiso con la veracidad de sus historias. — Queremos traer hoy al programa la verdad sobre el caso Bestia. Hemos sido engañados todos y hoy, en exclusiva, tenemos las pruebas.

Leo no podía negar que eran buenos en su trabajo. Se llevaron por lo menos una hora hablando de que iban a desmantelar la trama y la mentira sin poner el vídeo que él les había hecho llegar anónimamente, ni tan siquiera decir nada de lo que aportaban como prueba. Aquello aseguraba que los espectadores estuvieran pegados a la televisión e informaran a los que no lo estaban viendo para que sintonizaran el canal.

— Ahora sí, señoras y señores. — Dijo finalmente el presentador. Leo estaba ya desesperado e inquieto por ver el vídeo en pantalla. — Resulta que “La Novia de Avalor” no es más que una mentirosa. Una fuente muy confiable nos dio una grabación de los verdaderos sucesos ocurridos aquella noche. La farsante, que estuvo aquí mismo, en estas sillas, nos engañó a todos, la realidad es que fue rechazada por el mismísimo Leo, La Bestia. Dentro vídeo, por favor.

La secuencia de los sucesos que había descubierto Leo estaba en pantalla. Esperó que Liliana estuviera viendo aquello también y, si no, que de alguna u otra forma le llegara la noticia. Sintió un alivio enorme al ver aquella grabación reproduciéndose, estaba un paso más cerca de volver a estar con Lili. Le faltaba saber dónde estaba para llegar a ella. Solo pedía que le diera la oportunidad de hablar con él, ya que sus llamadas seguían bloqueadas.

— Bueno, Leo. — Dijo Simón en su escritorio cuando terminó la grabación. Apagó el televisor y se giró hacia el cantante. — Ya está todo hecho. Tal y como me lo pediste, hice llegar la grabación al programa este de chismes. ¿Necesitas algo más?

— No, Simón. — Por primera vez en mucho tiempo se sintió realmente agradecido con su representante. Le extendió la mano y la estrechó con la suya. — Muchas gracias, de verdad.

Salió del edificio donde estaba la oficina del representante y se subió en su moto. A pesar de que no tenía un plan concreto para descubrir la ubicación de Liliana, sabía por dónde podía empezar a averiguar. Arrancó la moto y se fue lo más pronto posible a aquel lugar.

No tardó mucho en llegar. Las letras de “El Heraldó” se divisaban unas calles antes de por la altura del edificio. Estacionó la moto en la esquina en la que solía esperar a Liliana cuando salía del trabajo para que nadie los viera. Se puso unas gafas de sol y se acercó a la entrada, caminando.

Al frente del edificio del periódico, había una plazoleta grande con una fuente en la mitad. Rodeando la fuente había varios bancos en concreto para que la gente se sentara. La plazoleta estaba llena de palomas, un hombre mayor estaba alimentándolas con maíz. Se acercó a un banco y se sentó a esperar.

“En algún momento tendrá que aparecer.” Compró un paquete de semillas de girasol de un vendedor ambulante para tener algo con que entretenerse mientras esperaba.

Estuvo toda la mañana esperando. Para su suerte, a mitad de la mañana llegó un mimo a la plazoleta a imitar a los viandantes que lo entretuvo. El mimo se dedicaba a hacer reír a los demás a costa de ridiculizar a la gente sin que se diera cuenta. Cuando terminó su show, pasó un sombrero pidiendo monedas a los espectadores. El mimo dio un sobresalto al ver el billete que le había echado Leo en el sombrero. Aquel billete era el de importe más grande que había en circulación en el país. Para Leo, aquella cantidad de dinero era ínfima, pero sabía que, muy seguramente, era más de lo que podía conseguir

el mimo en una quincena. Se quitó las gafas y le guiñó un ojo al mimo, que lo reconoció al instante. Se puso el dedo en la boca para pedirle silencio. El mimo hizo un gesto de cremallera cerrada en su boca y se fue.

Al llegar la hora del almuerzo empezó a salir gente del edificio. Se puso de pie para intentar distinguir mejor a quien estaba buscando.

“Cómo no, caminando solo”, pensó al ver al redactor que estaba buscando. Los demás trabajadores salían hablando con sus compañeros, menos él.

A parte de a Liliana, era la única persona que conocía del periódico. Guardaba la esperanza de que, al haber compartido trabajo con la chica, pudiera darle algo de información que le pudiera servir. Se acercó al hombre que dio un sobresalto al verlo en frente.

—Hola. — Dijo Leo con una sonrisa. — ¿Se acuerda de mí?

— Sí. Me acuerdo de usted. — Respondió el hombre mirándolo malamente.

— Bueno, verá. Es que estoy buscando a Liliana. La fotógrafa con la que fue a la entrevista...

— Pues llega tarde. — Respondió el redactor. Leo notaba que tenía una expresión de victoria al decirle eso. — Esa chica dejó de trabajar aquí hace meses.

Leo sabía todo eso, pero no quería ser indiscreto en sus preguntas como para que supiera que habían estado juntos. Los periodistas como ese hombre eran de mucho cuidado. Lo observaban todo y sacaban noticias de dónde nadie más podía hacerlo.

— Sí, sí. — Dijo Leo intentando conseguir alguna información valiosa. — ¿De casualidad no sabe si se fue de la ciudad?

—No sé. — Respondió el hombre. — La verdad es que no me importa a dónde haya ido esa insensata. No me interesa lo más mínimo su existencia así que, por mí, como si está en la Luna.

A Leo le dio rabia su respuesta, estaba teniendo que contenerse muchísimo para no soltarle una bofetada al redactor.

— No me sorprende que la estés buscando, la verdad. — Prosiguió el hombre. — La gente como tú siempre busca mujeres fáciles como ella.

Aquello desató la furia de Leo. No podía contenerse ante aquello. Se quitó las gafas y las lanzó fuerte contra el suelo.

— Mira, hijo de la gran puta. — Dijo gritando. Todos los trabajadores del periódico que estaban en la plazoleta se quedaron en

silencio, mirándolos a ellos. — Como vuelvas a decir algo así de Liliana te juro que te arranco la lengua con un par de tenazas hirviendo.

Un joven con el pelo con coleta y los costados rapados se acercó a ellos, agitando los brazos. Se interpuso entre ellos mirando a Leo y dándole la espalda al redactor.

— Dios mío, eres La Bestia. — Le dijo en voz baja a Leo. — No te conviene montar un escándalo aquí. Deja a este imbécil que se vaya. Si es que no le cae bien ni a su propia madre. Ven conmigo.

Leo miró al redactor y lanzó un escupitajo a sus pies. Se volvió a poner las gafas y se fue tras el chico que le había hablado.

— Te escuché decir el nombre de Liliana. — Dijo el joven una vez que Leonardo se puso a su lado. — Sé que ella te hizo la sesión de fotos antes del concierto, yo la mandé. Pero, por lo que veo, se conocen más que eso.

— ¿Tú quién eres? — Le preguntó Leo.

— Soy Juan. — Respondió el chico sonriendo. — Mientras Lili estuvo aquí, fui su jefe. Qué guardado se tenía la cabrona que te conoció más allá de la sesión de fotos. Me lo podía haber contado, con lo que me gusta tu música...

— Mira, Juan. Perdona que sea tan directo, pero estoy buscando por todos lados a Liliana. ¿Tienes alguna idea de dónde esté?

— Lo que sé es que vivía con su prima, en un edificio en...

— Sí, sí. Vivía con su prima, pero ya no.

“Si no consigo nada aquí, tendré que preguntarle a su prima también... Aunque dudo que quiera decir algo.”

— Pues la verdad es que desde ese día no hemos vuelto a hablar. —

Dijo Juan llevándose una mano a la barbilla.

Leo esperaba obtener algo más de información. Estaba completamente perdido respecto al paradero de Lili. No podía creer que nunca le hubiera preguntado de dónde era. Sabía que acababa de llegar a la ciudad, pero nunca hablaron de dónde vivía antes.

— No sé si alguna vez lo hablaste con ella. — Dijo Leo. — Pero ¿sabrías, por casualidad, de qué ciudad es?

— Mmm — Juan estaba pensando la respuesta. — No recuerdo bien, la verdad. Creo que nunca lo llegamos a hablar.

Leo resopló decepcionado. Tendría que ir a hablar con Victoria, la prima de Lili para ver si sacaba algo.

—Aunque... — Prosiguió Juan. — Creo que debe ser cerca de la zona de los llanos. Sé que su padre tenía negocios con petróleo y allí es dónde están los mayores yacimientos.

“Eso es algo”, pensó Leo que le agradeció la ayuda al joven.

Antes de poderse ir, Juan le pidió tomarse una foto con él. Leo se sorprendió al ver que un jefe del departamento de fotografía de un periódico tuviera un teléfono con una cámara tan mala. La foto quedó muy mal para el gusto de Leo, pero el joven parecía estar contento con el resultado.

Volvió a subirse en su moto y se dirigió a la casa de Victoria. No tenía ganas de verla después de que hubiera intentado dañar su relación con Liliana, pero necesitaba algo más de información para poder saber dónde buscar a la chica.

Una vez llegó, estacionó la moto en el lugar de aparcamiento de los visitantes. Se quitó el casco y miró hacia la ventana de la planta dieciocho. Miró su reloj, comprendió que, a aquellas horas, lo más seguro era que no estuviera Victoria en su casa, por lo que decidió dar una vuelta por el barrio para hacer tiempo.

A unas pocas calles del edificio en el que vivía Victoria, encontró un parque para niños. Se sentó en un banco de madera para esperar allí. Debía esperar al menos tres horas, pensó que se le iban a hacer eternas, aquel día parecía que consistía en esperar.

“Te voy a encontrar, Lilit”, pensó determinado. No le importaba perder su tiempo esperando si aquello lo acercaba a Liliana nuevamente. Tenía grandes esperanzas en poder persuadir a Victoria para obtener algo de información.

De la misma forma en la que la espera en la plaza abajo del edificio del periódico le había resultado entretenida, la espera en el parque le estaba resultando inaguantable. Aquella zona de la ciudad era residencial, por lo que a esas horas no había nadie por las calles. Si mayor entretenimiento fue ver a un gato callejero cazando moscas, para su desgracia, estuvo frente a él tan solo unos minutos.

A las 18:00 empezó a esconderse el Sol. No sabía el horario laboral de Victoria, pero la mayoría de gente en el país llegaba a esas horas a casa. Decidió tomarse treinta minutos más de espera para asegurarse de que la chica llegara antes de que él se presentara.

“Espero que me dejen entrar...”, pensó cuando se puso de pie del banco para dirigirse al edificio.

— Buenas tardes, Don Leonardo. — Dijo el vigilante. Por fortuna

para Leo, aquel día estaba de portero el vigilante que lo conocía. Siempre lo dejaba entrar sin siquiera avisar por el telefonillo. — Hace mucho tiempo no venía por aquí.

— Buenas tardes. — Respondió Leo que no se detuvo, siguió en dirección del ascensor. — Voy a ver a Victoria.

— La señorita Victoria no está. — Dijo el vigilante en voz alta antes de que Leo llegara al ascensor.

“Mierda”, pensó Leo.

— Entonces la espero aquí. — Dijo.

“A ver cómo hago para que no me eche de aquí apenas me vea al entrar... prefería que me hubiera visto ya arriba.”

— Señor, va a tener que esperar mucho tiempo entonces. — Dijo el vigilante riendo. — La señorita se fue hace una semana y, por lo que me dijo, estará fuera un mes.

Esa noticia le cayó como un balde de agua fría a Leo. No iba a tener ni siquiera la oportunidad de sacar algo de información a Victoria, no, al menos, hasta dentro de tres semanas. Aquello significaba que pasaría más tiempo sin que Liliana supiera nada de él. Le aterraba pensar que Liliana se creyera que él no estaba haciendo nada por llegar a ella.

— La señorita se fue a su casa en el llano, con su familia. — Siguió hablando el vigilante al que Leo no le había preguntado nada más.

Una luz se encendió en la mente de Leo. Era bien sabido por todo el mundo que los vigilantes de los edificios eran peor que la gente de los programas de los chismes. Se sabían la vida de todos los que vivían en sus edificios. Si Leo era astuto, podía sacarle buena información sin que él se diera cuenta.

—Disculpe... Peralta. — Leyó la placa de su uniforme. Al oír su apellido el vigilante se sorprendió, a Leo le dio la sensación de que le había gustado que él “conociera” su nombre. — Me dice que su familia vive en el llano. No será en la misma ciudad que vive la familia de la prima, ¿verdad?

— No, no, señor. — Respondió el vigilante. — La prima vive en la rivera del Lago Grande. La señorita Victoria vive en la ciudad capital de la provincia.

“La ribera del Lago Grande. Ya tengo algo más.”

— Ah sí, verdad. — Dijo Leo. — Se me olvidaba que la prima vivía en la ciudad está cerca al lago... ¿Cómo era? ... Mierda, no me sale el

nombre de la ciudad...

Se hizo el tonto a ver si el vigilante le daba el nombre de la ciudad. Aunque ya sabía que era en el llano, en la rivera del Lago Grande. El Lago Grande, como su nombre lo indicaba, ocupaba gran parte del territorio del llano, por lo que la mayoría de sus pueblos y sus ciudades estaban a sus lados.

— ...Castalia. — Respondió el vigilante.

“Te encontré.”

—Bueno, Peralta. No lo entretengo más, disculpe por quitarle su tiempo. Hasta luego.

No le dio tiempo ni a despedirse. Salió lo más rápido posible del edificio para ir a su casa y planear cómo iba a llegar a la ciudad de Liliana. Una vez allí, la buscaría hasta debajo de las piedras si era necesario, pero, al menos, ya era cuestión de tiempo que la encontrara.



LILIANA

“Arréglate bien y vístete elegante. A las 14:00 paso a recogerte. Mon amour.”

Liliana se había convertido en una esclava de los deseos de Jorge. Desde que sus padres le contaron la verdadera situación, el chico no había hecho más que aprovecharse de ella. Aunque le daba asco e ira, estaba con él por el bienestar de su familia. No quería verlos en la calle y sin nada.

“¿Cómo he acabado así?” Todas las mañanas se lo preguntaba al despertarse. En menos de un mes había pasado de sentirse un espíritu libre con Leo a ser propiedad de Jorge. No se le ocurría nada para poder salir de aquella situación.

Su madre había perdido su alegría que la caracterizaba. Se pasaba los días deambulando por la casa con los ojos rojos de llorar. Liliana sabía que se culpaba por permitir que su única hija estuviera en aquella situación. Su padre se encontraba en una situación similar. Se consideraba el mayor culpable de tener a Liliana así. Aunque no lo había confesado, Liliana sabía que había cambiado las horas de golf en el club por horas en algún bar. Cuando llegaba a casa siempre olía a alcohol.

Aunque ellos habían intentado en un principio que Liliana volviera a casa. Siempre tuvieron la esperanza de que su relación se reavivara y ella estuviera con Jorge por las buenas. Nunca se esperaron que, con su tiempo en la capital, Liliana hubiera cambiado y madurado tanto. El carácter con el que había vuelto, a pesar de que se encontraba en una situación sentimental triste, les había hecho dudar de si iba a estar con Jorge nuevamente.

Liliana demostró su inconformidad ante las exigencias de Jorge el día que le contaron la verdad. Discutió con sus padres y les dijo que no sería la puta de nadie. Aquel mismo día, a su padre le dio una angina de pecho y terminaron en el hospital. Aquel había sido el primer toque de atención de la situación de salud de su padre, el estrés lo estaba consumiendo poco a poco. Entre lágrimas viendo a su padre postrado en una cama en el hospital, Liliana se prometió que no le causaría más problemas y que entraría a jugar el juego de Jorge. No quería perder a su padre. Si se negaba a estar con Jorge, y este les quitaba todo, el corazón de su padre no daría nada más que un aviso.

— Buenos días, mamá. — Su madre se encontraba en la cocina con

la mirada perdida. — ¿Quieres un té?

Su madre la miró a la cara, sus ojos rojos e hinchados, se aguaron al verla. Asintió con la cabeza y se restregó los ojos con la mano para que no le salieran lágrimas. Liliana le dio un abrazo y se fue a buscar la tetera para prepararle la infusión.

— Lo siento mucho, hija. — Dijo su madre con la voz quebrada mientras Liliana ponía a hervir el agua en la tetera.

— No pasa nada. — Dijo Liliana después de un silencio. — No quiero que les pase nada malo.

— Mi amor, yo no quiero que seas la propiedad de nadie.

— Sí, mamá. Pero si no hago lo que quiere vamos a estar en la calle tú y yo, porque dudo que papá aguante más.

Su madre se llevó las manos a la cara y empezó a hablar cosas en voz baja. Liliana respiró hondo para intentar calmarse. Sirvió las dos tazas de té y se sentó a su lado.

— ¿Y papá? — Preguntó.

— No lo sé. Sabes que últimamente se va sin decir nada y no vuelve hasta tarde...

— No debería beber como lo hace con su situación de salud. — Dijo Liliana después de dar un sorbo al té. Su madre la miró sorprendida de que ella supiera que su padre estuviera bebiendo.

— Mamá, no me mires así. De verdad, a veces ustedes creen que soy tonta o una niña pequeña todavía. ¿Crees que no siento el olor a alcohol que desprende papá cuando llega a casa?

Su madre dio un sorbo largo al té y se quedó en silencio. Dio otro sorbo con el que se terminó la taza entera.

— Como has crecido, hija mía. — Le dijo su madre mirándola a los ojos. — A veces pienso que hubiera sido mejor que no te hubieras ido de la capital. ¿Aquel chico con el que estabas te trataba bien?

“Mejor que nadie.”

— Es un imbécil. — Respondió encogiéndose de hombros y frunciendo el ceño. — No importa ahora.

No quería ni siquiera pensar en Leo. También la había decepcionado y no era momento para lamentarse por él. A pesar de que su situación actual era un infierno, si de algo le había servido había sido para dejar el sufrimiento por Leo aparte.

Dejó su taza vacía sobre la encimera de la cocina y se fue al baño a

ducharse. Los baños largos de agua caliente se habían terminado. Se ponía varios minutos bajo la ducha con agua fría, sentía que era una forma de castigarse por lo que estaba viviendo. Se frotaba con la esponja hasta que le doliera su zona íntima. Todos los días que salía con Jorge, el chico abusaba de ella. Liliana simplemente se abría de piernas y dejaba volar su mente para no ser consciente de lo que estaba pasando. Aunque le producía asco, agradecía que el chico nunca tardara más de dos minutos en satisfacerse.

Ni siquiera le dirigía la palabra a Jorge, se limitaba a estar donde le exigía y nada más. A Jorge parecía gustarle más que fuera así. De alguna u otra manera demostraba su poderío con la actitud de Liliana, demostraba que, aunque ella no quisiera, tenía que estar con él por el bien de su familia.

Se arregló y se vistió como le pidió Jorge. Si algo había aprendido desde el primer día que aceptó cumplir las exigencias, fue que lo mejor era mantenerlo contento. Aquel día él le había pedido que se vistiera para ir a una comida de negocios y ella, en acto de rebeldía, se vistió lo más informal posible. Al verla, Jorge se enfadó tanto que le levantó la mano para darle una bofetada. Liliana lo detuvo con su mano, Jorge era un enclenque que apenas tenía fuerza. Furibundo, el chico se fue de prisa de la casa diciéndole que le iba a dar una lección.

Liliana no le dio importancia y siguió con sus cosas, se sintió victoriosa de haberle demostrado a Jorge que no haría con ella lo que quisiera y que, mucho menos, podría ponerle una sola mano encima. A la hora de irse, su madre la llamó histérica, su padre que se encontraba aún en el hospital había recibido una llamada y su corazón había sufrido otro sobresalto.

Jorge había llamado a su padre a decirle que acababa de poner a la venta el 10% de su participación en la sociedad, por lo cual las ganancias de la familia de Liliana serían menores de ahora en adelante. Su padre, que aún no estaba curado del todo, tuvo una recaída al recibir la noticia.

“Desgraciado de mierda... ¿vas a joder a mis padres porque no puedes conmigo?”, pensó mientras su madre le contaba lo sucedido.

Al terminar de hablar tenía un mensaje en el teléfono de Jorge.

“Ya sabes que no voy a soportar ninguna tontería más. Cancelé la comida para mañana así que te espero bien vestida y arreglada a la misma hora.”

Desde aquel día no volvió a negarse a ninguna petición de Jorge que, de momento, no había llegado más allá de acompañamiento a reuniones. La exhibía como si de un trofeo se tratase frente a la gente con la que quería

hacer negocios. A Liliana se le revolvía el estómago cada vez que alguien felicitaba a Jorge por tener una “novia” tan hermosa.

Una vez terminó de maquillarse, bajó a la sala a esperar a que fueran las 14:00 para que Jorge pasara a recogerla.

Su madre estaba viendo la televisión. Sus tardes habían pasado de pasarlas pintando cuadros preciosos a ver televisión basura.

— Mamá, por cada programa de esos que ves, se te muere una neurona. — Le dijo al ver que estaba viendo nuevamente el programa de chismes de la tele.

Su madre le pidió que hiciera silencio. Estaba intentando enterarse de lo que estaban hablando.

— A ver... ¿Qué pasa hoy en la interesante vida de los famosos? — Preguntó sarcásticamente.

— Este programa es de ayer. Como no lo pude ver, lo grabé. Es que quería saber qué pasaba con la historia de este hombre. — Respondió su madre. — Es de un músico, hace unas semanas salió una mujer diciendo que se había acostado con él. Por lo visto es parte de un grupo reconocido. No me acuerdo como se llamaba, es que no los había oído nunca... Agamon... Alvato... Avalon...

— Avalor. — Respondió Liliana. — Son un grupo de rock que está de moda...

— Eso, eso. Avalor. Pues resulta que hoy llevan todo el programa diciendo que tienen pruebas que con las que van a desmentir la historia de la chica esa.

Liliana abrió los ojos de par en par y se sentó al lado de su madre a ver el programa. Los presentadores siguieron hablando varios minutos sin poner nada, hasta que, finalmente, reprodujeron una grabación en la que se veía a Leo y sus compañeros entrando a un hotel con unas chicas. Todos entraban con una a su habitación menos Leo, él cerraba la puerta en la cara a la que estaba con él.

“Fue mentira todo.” Su corazón le dio un vuelco, muy en su interior había guardado la esperanza de que algo así pasara. Quería que llegara alguien y le dijera que la historia de la chica esa era inventada para ganar dos minutos de fama.

Buscó su teléfono celular en el bolso y marcó lo más rápido que pudo el número de Leo. Necesitaba decirle que había visto la noticia y que, más que nunca, lo necesitaba. Después de cinco tonos saltó el contestador. Leo no

respondía al teléfono. Liliana pensó que era una broma del destino haber tenido tantas llamadas bloqueadas los días anteriores de Leo y ahora, que sí quería hablar él, no contestara. Lo intentó nuevamente varias veces, pero no obtuvo respuesta.

Después de que nuevamente le saltara el contestador, sonó el timbre de la casa. Jorge había llegado para llevarla a la cita que tenían. Soltó una maldición y guardó nuevamente el teléfono en el bolso.

— Así me gusta, mon cheri. — Dijo Jorge al verla vestida como él quería. — Que me hagas caso.

Liliana salió con la cabeza en alto y se subió en su carro. Jorge la llevó a un restaurante. Allí lo estaban esperando dos hombres vestidos con trajes y corbata que se pusieron de pie al verlo. Eran dos hombres provenientes de otro país para hacer negocios con él.

— Les presento a Liliana, mi prometida.

“¿Prometida?”, pensó escandalizada. No sabía desde cuándo había pasado de ser su “novia” a su “prometida”.

Los hombres se acercaron y le besaron la mano. Liliana les sonrió por cortesía, sabía que a Jorge no le gustaba que se portara mal en público. Se sentaron a la mesa y ordenaron una botella de vino para empezar a hablar de los negocios que querían proponerle a Jorge.

Liliana no les prestaba atención. No paraba de pensar en Leo. En lo mucho que le gustaría decirle que lo amaba y que sentía mucho no haberle dado ni siquiera la oportunidad de explicarse. Se sintió estúpida por ser tan desconfiada y haber actuado como una niña pequeña. Gracias a eso estaba en aquella situación. Si no hubiera vuelto a Castalia, no estaría aprisionada con Jorge. Aunque, seguramente, su padre estaría muy mal de salud. No sabía cómo sentirse al respecto.

— Señor, Jorge. — Hablaba uno de los hombres de negocios. — Si invertimos este dinero, podem...

El teléfono de Liliana empezó a sonar fuerte. Se maldijo por no haberle quitado el sonido. Sabía que a Jorge le molestaba mucho cualquier tipo de interrupción en una reunión y le había dicho expresamente que cuando estuviera con él, su teléfono debía estar en modo silencio.

Jorge la miró con una mirada fulminante.

— ¿Nos disculpan un momento? — Dijo sonriendo a los hombres.

Se puso de pie y agarró fuerte del brazo a Liliana, de un jalón la hizo levantar, llevándola al otro extremo del restaurante. El teléfono continuaba

sonando.

— ¿Qué te he dicho de las interrupciones? — Dijo furioso. Liliana podía ver en su mirada mucha ira.

— Lo siento... Se me olvidó. — El teléfono dejó de sonar. — Te prometo que no volverá a pasar.

Jorge la miró y le soltó el brazo, con desprecio. Se giró para volver a la mesa con los hombres de negocios y en ese momento el teléfono volvió a sonar. Con un movimiento brusco le quitó el bolso a Liliana, buscó en él el teléfono y lo miró.

— “Mi Bestia.” — Dijo al ver la pantalla. — ¿Quién cojones es “Mi Bestia”?

Liliana no sabía qué responder. No podía creer que Leo hubiera decidido devolverle las llamadas justamente en aquel momento.

— N-no es nadie. — Respondió con la voz temblorosa.

— ¿No es nadie? ¿No es nadie? — Jorge estaba gritando en medio del restaurante. Su cara se había puesto roja y tenía una vena en la frente que parecía que estaba a punto de estallar. — Mira, niñita, me parece que no has entendido nada de nada. Tú eres mía. ¿Entiendes eso? Así que olvídate de este que te esté llamando.

Lanzó contra el suelo el teléfono, rompiéndolo en mil pedazos. Le lanzó nuevamente otra mirada fulminante a Liliana y volvió a la mesa con los hombres. Liliana, destrozada, se fue al baño a llorar.



LEONARDO

“No hay tiempo que perder”, pensó cuando salió del edificio donde, tiempo atrás, había vivido Liliana. Gracias al vigilante, sabía el nombre de la ciudad en la que vivían sus padres y no quería dejar que pasaran los días antes de ir a buscarla.

Se subió en su moto y, sin pensarlo, emprendió rumbo hacia Castalia. Era un viaje de al menos dieciocho horas por carretera. Tendría que conducir toda la noche, pero aquello no era un impedimento para él.

Conducir de noche le resultó más complicado de lo que había pensado. Se encontraba cansado, con sueño y tenía las piernas acalambradas por la posición de conducción. El camino hacia los llanos era transitado mayormente por camiones cisterna llenas de petróleo que se extraía allí. Aquello complicó más su travesía. Cada vez que un camión pasaba por su lado hacía que su moto se tambaleara. Una de las veces que adelantó a un camión, el conductor no lo vio e hizo una maniobra que casi termina con Leo en el suelo. Aquello lo hizo sentir miedo por primera vez subido en la moto, pensó que sería una burla del destino terminar muerto por un accidente conduciendo de camino a la ciudad de Liliana.

Se alivió al ver salir los primeros rayos de sol. La conducción nocturna no le había gustado para nada y, al menos así, con el camino iluminado, le resultaría más cómoda la conducción.

Pasó al lado de un pueblo sobre las 15:00 y decidió parar a comer algo. No había que desviarse para entrar, su vía principal era la misma carretera por la que estaba conduciendo Leo. A ambos lados de la carretera se extendía una especie de mercado en el que ofrecían una gran variedad de artículos para los conductores que pasaban por allí. Leo pasó lentamente por la calle para ver si dentro de los puestos podría encontrar alguno que tuviera algo para comer. Vio puestos de venta de todo tipo de cosas; vio flores, frutas, comida no muy apetitosa, artículos para teléfonos, toallas y muchas cosas más. Se le revolvió el estómago al ver un puesto en el que había gallinas colgadas de cabeza. Tenían un corte en el cuello por el cual se habían desangrado. Aunque de pequeño había visto aquella escena cada vez que su abuela hacía un caldo tradicional, aquel día apenas tenía comida en el cuerpo y el asco que le dio al verlo le produjo arcadas.

“Necesito comer lo que sea, ya.” Aceleró un poco para dejar atrás el puesto de las gallinas y buscar algún restaurante que fuera medio aceptable.

Casi a la salida del pueblo había una estación de servicio en la que había varios camiones aparcados. La estación tenía un restaurante y Leo pensó que, si había tantos camiones parados allí, era porque en aquel sitio debía haber buena comida. Se acercó y aparcó su moto.

El aroma que sintió al entrar le abrió más el apetito. Las mesas estaban todas ocupadas por los conductores de los camiones. Se sentó en una mesa en la que solamente había un hombre muy grande comiendo.

—Buenos días. — Dijo al sentarse a su lado.

El hombre lo miró y sin parar de engullir soltó un sonido. Leo lo miró con detenimiento. Era muy parecido al representante de la disquera con el que había discutido. Era igual de gordo y por sus sienes caían gotas de sudor, justo como el hombre de la disquera. La diferencia estaba en su forma de vestir. Mientras uno siempre llevaba un traje de ejecutivo, el hombre que estaba frente a Leo tenía una camisa blanca que estaba sucia y con pequeños agujeros. La camisa le quedaba apretada, cuando se movía, se le levantaba enseñando su barriga. Llevaba un sombrero y una ruana doblada colgando en el hombro. Era la típica indumentaria de un campesino de la zona.

“También se diferenciarán en el cómo son como persona... este, seguro, sí es honrado y amable.”

Una chica de rasgos indígenas se acercó a él. Por el delantal que llevaba puesto, Leo comprendió que era la camarera.

— Buenos días, señor. — Dijo la joven. Leo calculó que no podía tener más de quince años. — ¿En qué puedo servirle?

— Buenos días. — Leo la miraba con tristeza. Aquella niña debía estar en una escuela y no ahí trabajando. Aunque entendía que, en los pueblos, las familias daban prioridad al trabajo antes que el estudio. — ¿Me dejas ver el menú?

— No tenemos eso. — Respondió la niña, confundida. — Aquí tenemos el almuerzo del día y usted elige el tipo de carne y complemento que quiera.

— ¿Y qué opciones tengo entonces? — Preguntó Leo para poder elegir.

— Pues mire. El almuerzo es carne, arroz, ensalada, papa asada, complemento y la sopa del día. De carne le puedo ofrecer ternera a la plancha, chuleta de cerdo, pollo frito o pescado guisado. El

complemento puede ser lentejas, frijoles o espaguetis. A la mesa le traemos una jarra de jugo para que acompañe el almuerzo.

— ¿Todo eso es el almuerzo? — Preguntó. Le parecía que era una cantidad absurda de comida. — ¿Se puede quitar algo? Es que creo que es mucho...

La chica se encogió de hombros.

—Pues...como usted quiera, pero eso es lo que ofrecemos.

—Pues tráeme entonces solo la ternera asada, la ensalada y...

— Tráigale el almuerzo completo. — Intervino el compañero de mesa de Leo. Tenía la boca llena de comida. — Lo que no se coma él, me lo como yo.

Leo miró a la chica y asintió con la cabeza. Luego giró la cabeza hacia el hombre de la mesa y este le sonrió.

En menos de cinco minutos ya tenía el plato en frente. Nunca había estado en un restaurante que sirviera la comida con esa rapidez. Por la cantidad de gente que entraba y salía, Leo supuso que le iba muy bien al dueño. La bandeja de comida era enorme. A pesar de eso, toda la cantidad de comida que traía apenas cabía en ella. La sopa también estaba servida en un plato más grande de lo normal.

La comida sorprendió, no se había esperado que estuviera tan rica. Tenía gusto a comida casera preparada con mucho esfuerzo y cariño. Tuvo recuerdos de su niñez mientras comía. Se acordó de las tardes en la casa de su abuela. Antes de su muerte, solía reunirse la familia todos los fines de semana a comer en la casa de la abuela. Ella preparaba comida para alimentar a un batallón entero y se encargaba de cebar a Leo. Le decía que un cuerpo tan grande necesitaba una gran cantidad de comida.

Cuando no pudo más, le ofreció su plato a su compañero de mesa que estaba ansioso esperando las sobras. Este se comió hasta el último pedazo sin casi parar a respirar.

Leo sacó su teléfono para distraerse mientras volvía la chica para traerle la cuenta. No quería presenciar más tiempo el espectáculo que estaba ofreciendo el hombre gordo frente a él. Su corazón se aceleró al ver que tenía llamadas perdidas de Liliana. Marcó el número de la chica que, por primera vez en semanas, no lo mandaba al buzón.

“¡Me quitó el bloqueo!”, pensó emocionado. “¿Habrá visto la verdadera historia de esa noche? Tiene que ser eso. ¡Quiere hablar conmigo!”

La chica no contestó a la primera llamada, después de varios tonos le

respondió el contestador. Volvió a intentarlo, pero, esta vez, al segundo tono saltó el contestador. Le pareció extraño, pero, aun así, volvió a marcarle. A la tercera, ya no obtuvo tono, saltó inmediatamente el contestador. Suspiró. A pesar de que no le había contestado, ella le había marcado varias veces y parecía que le había quitado el bloqueo. Eso solamente podía significar que ella también quería hablar con él. Al menos tendría la oportunidad de explicarlo todo.

Se sorprendió por lo bajo que era el costo total de su comida. Igual que hizo con el mimo la mañana anterior, sacó de su cartera un billete de alto importe y lo metió en el cesto en el que le habían llevado la cuenta. En su mano tenía otro para la camarera.

—Muchas gracias por todo. — Le dijo al entregarle el cesto con el dinero.

—Disculpe, caballero... no tenemos cambio de ese billete.

—Que se queden con el cambio. — Dijo Leo. Agarró la mano de la chica y le puso el otro billete dentro. — Este es para ti. Guárdatelo. Ve a la escuela mejor, no sigas aquí trabajando.

La chica se quedó boquiabierta y estupefacta. Leo le dio una palmadita en el hombro y se fue. Se cruzó en la puerta con un grupo de moteros que acababa de llegar. Llevaban todos una chaqueta de cuero con varias insignias, todos llevaban en común la palabra “Cuervos Blancos” en la espalda.

— Tú, niña. — Dijo el que parecía ser el líder de la pandilla. Era corpulento, llevaba la cabeza rapada y la barba y el bigote largos. — Atiéndonos.

Leo se detuvo en la puerta. Vio como la chica enrolló el billete que le había dado y se lo guardó en el bolsillo de su delantal. Se dirigió a llevar el pego de la comida de Leo a la caja.

— ¡Te he dicho que vengas! — Gritó desesperado el motero.

— Ya voy. — Respondió la niña, asustada.

La chica iba caminando despacio hacia ellos, se notaba que les tenía miedo. Al acercarse un poco más, el motero la agarró de la mano y la jaló hacia él. Le puso una mano en una nalga y empezó a acariciarla.

— ¿Cuántas veces te tengo que decir que, cuando llegó yo, no hay nadie más importante? — Le dijo a la chica.

La camarera intentaba soltarse, pero apenas tenía fuerza como para moverse. Al ver la escena, Leo sintió tanta rabia que pensó que no podía quedarse sin hacer nada.

— ¡Suéltala ya mismo! — Gritó desde la puerta. El motero estaba sentado de espaldas a Leo.

— ¿Soy yo o es que alguien quiere que le rompan todos los dientes?
— Respondió el motero sin siquiera girarse.

— Te he dicho que la sueltes, desgraciado.

— Sin dientes y sin lengua. — El motero soltó a la chica y se puso de pie. Los demás miembros de la pandilla se pusieron de pie, pero él, con un gesto, los hizo sentar.

Se giró y caminó en dirección hacia Leo. Leo no tenía miedo de él, estaba seguro de que podía lidiar con un tonto como él, parecía torpe. Le preocupaba que, si había una pelea, los demás se metieran y lo acorralaran a él solo. Se quitó las gafas y cerró los puños esperando cualquier cosa.

El hombre lo miró extrañado, luego abrió los ojos de par en par.

- — ¡No me lo puedo creer, es La Bestia!

Leo dio un paso para atrás y abrió los puños. Estaba confundido porque aquel hombre había pasado de tener una mirada asesina a estar sonriendo y acercándose a él más deprisa. Los demás integrantes de la pandilla también se pusieron de pie rápidamente al oír a su líder gritar que era La Bestia.

— ¿Que trae al mejor cantante del mundo por estos lados? — Preguntó el motero mientras daba palmadas a Leo en la espalda. Leo seguía un poco desubicado, segundos antes estaba preparado para pelear con aquel hombre y ahora estaba rodeado de gente que lo estaba mirando como si de un dios se tratase.

— Espera. — Prosiguió el hombre. — ¿La moto que está afuera es tuya?

Leo asintió con la cabeza, seguía sin saber qué decir.

— ¡Lo sabía! — Soltó una carcajada. Le faltaban unos tres dientes, Leo supuso que los habría perdido en peleas. Agradeció no haber tenido que ponerse a pelear. — Es la misma moto que usaste en tu concierto de la capital. Nosotros estuvimos ahí. ¿Verdad, chicos?

Los demás moteros asintieron con la cabeza e hicieron comentarios respecto al concierto. Felicitaron a Leo por su trabajo y le dijeron lo mucho que los admiraban, en especial a él.

Tuvo que hacerse fotos con cada uno de los moteros y una foto grupal. Le regalaron un bordado de los “Cuervos Blancos” para que tuviera de recuerdo de ellos. Todos estaban emocionados de estar con Leo. El resto de los comensales presentes en el restaurante estaban extrañados con lo que pasaba.

Incluso la camarera parecía, ahora, sentirse intimidada por Leo. Allí nadie lo conocía a excepción de los moteros.

— Me tengo que ir. — Dijo Leo tras hacerse la última foto con el líder. — Les voy a pedir que no vuelvan a ponerle una mano encima a la chica.

El motero pareció avergonzarse. Luego sonrió y miró a Leo, parecía tener algo en mente.

— Prometemos que no volvemos a tocar a la niña. — Dijo el motero enseñando su dentadura incompleta. — Pero tienes que cumplirme un deseo...

“Dios mío... ¿Ahora qué?”

—...Siempre he soñado cantar “Mi nombre es rock’n’roll” contigo.

Leo puso los ojos en blanco y todos los moteros soltaron un grito de entusiasmo. Uno de ellos sacó un teléfono y puso a reproducir la canción.

...
*Si quieres rock, si buscas rock
mi nombre es rock’n’roll,
nada de amor, solo sudor,
mi moto sexo y rock.*

...
El motero cantó junto a Leo como si se le fuera la vida en ello. Logró sorprender a Leo por la voz que tenía, jamás hubiera esperado que aquel personaje pudiera llegar a los agudos de la canción y, mucho menos, los mantuviera.

Mientras que el grupo de moteros parecía estar en el éxtasis, los demás presentes los miraban como si estuvieran locos.

— Muchas gracias, Bestia, de verdad. Acabas de cumplirme un sueño.

Leo le dio la mano y la estrechó.

— Ahora cumple tu promesa de que nunca vas a volver a tocar a la chica.

El hombre levantó la otra mano y sonrió.

Leo se despidió nuevamente de la camarera y salió del restaurante.

“Ahora sí, a Castalia”, pensó una vez arrancó la moto. No podía perder más tiempo para llegar a la ciudad de Liliana.



LILIANA

—Sal del baño ya mismo. — Jorge estaba gritando al otro lado de la puerta. Liliana se había encerrado allí a llorar cuándo este rompió su teléfono y ahora sentía miedo de lo que le pudiera hacer. Estaba furioso.

“Ayuda.” Quería gritar, pero no se atrevía. Sabía que Jorge no podía hacerle daño físicamente, pero si tenía todas las herramientas para dejarla a ella y a su familia sin nada.

Se limpió las lágrimas con la falda del vestido y salió del baño a enfrentarlo. Jorge tenía la cara roja y ya no solo tenía una vena hinchada en la cabeza. Al verla salir, la agarró fuertemente del brazo y se la llevó a jalones del restaurante.

— ¡Acabas de hacerme perder un negocio! — Le gritó una vez se subieron al carro. — ¿Sabes la cantidad de dinero que me has hecho perder? Vas a pagar por esto.

Liliana no comprendía qué había hecho. Lo único malo que había hecho había sido romper su regla de “no interrupciones” en las reuniones, aun así, no comprendía como era posible que por una llamada hubiera afectado una negociación.

— Yo no he hecho nada. — Dijo intentando defenderse.

— ¿Que no has hecho nada? — Jorge la miró con odio. — Esos dos hombres se arrepintieron del negocio cuando me vieron tirar tu teléfono. Dijeron que “no harían negocios con un hombre que trata así a las mujeres”. Ahora, te digo una cosa. No saben dónde se metieron. Los voy a destruir a ellos también.

El poder que estaba teniendo Jorge sobre la familia de Liliana había hecho que se creyera que podía gobernar a todas las personas. Se le había subido le ego tanto que creía que por encima de él no había nadie y podía hacer lo que quisiera.

—Tú también tendrás que pagar. — Sentenció mientras conducía.

— Hazme lo que quieras a mí. — Dijo resignada Liliana. — Por favor, no hagas que le vuelva a dar otro ataque a mi padre.

A Jorge no le gustó aquella petición. Parecía que disfrutaba hacerla sufrir haciendo daño a sus familiares y no directamente a ella. La miró con desprecio y sin parar de conducir, se desabrochó el botón del pantalón. Se

sacó su pene y tiró de la cabeza de Liliana hacía él.

— Te juro que, como no me satisfagas, destruyo a tu familia.

Liliana, entre lágrimas, empezó a hacerle una felación. Se sentía asqueada por tener que hacer eso. Aquella vez no podía quedarse inmóvil y evadirse como hacía cuando Jorge quería usar su cuerpo. Tenía que hacerlo ella. Mientras lo hacía Jorge la agarró con fuerza de la cabeza y le metió el pene entero en la boca. Aquello hizo que tuviera arcadas. Jorge se reía y la obligaba a seguir. Tardó cinco minutos en eyacular, aunque para Liliana, fue una eternidad. No se molestó ni siquiera en avisarle que lo iba a hacer y lo hizo dentro de su boca. Una vez terminó, la empujó al otro lado del carro. Liliana con arcadas, termino vomitando por la ventana todo el semen que le había hecho tragar Jorge.

—Mira, me están gustando más estos castigos. — Dijo Jorge con una sonrisa en la cara. — La próxima vez que hagas algo que no quiera, te desgarró el culo. Eso si no quieres tu ofrecérmelo antes.

Liliana lo miró con desprecio y ni siquiera respondió. Se limpió la boca y las lágrimas del rostro. Levantó la cabeza y se quedó mirando hacia adelante. No quería demostrarle a Jorge que le había hecho daño, sabía que, si él no veía que algo le afectaba, dejaba de hacerlo.

Jorge la miró y escupió a sus pies.

—Entérate de una vez que tu vida me pertenece.

“Algún día te arrepentirás de todo esto.” Lo miró con odio mientras se imaginó mil maneras de hacerle daño.

—Todo esto es culpa tuya. — Dijo Jorge cuando llegó con el carro al frente de su casa. — Si hubieras querido estar conmigo desde un principio, nada de esto habría pasado.

Liliana se bajó del carro y tiró la puerta con fuerza. Jorge aceleró rápido haciendo chillar las ruedas. Una vez se encontró sola en la puerta de su casa, rompió en llanto. Había hecho un esfuerzo inmenso por parecer fuerte frente a Jorge, pero se sentía destrozada por dentro. Se sintió más sucia que nunca, también indefensa e impotente. No lograba imaginar de qué forma podía escapar de las garras de Jorge.

La puerta se abrió detrás de ella. Su madre que había escuchado el ruido de las llantas del carro había salido a ver que sucedía.

— Hija. — Corrió a abrazarla cuando la vio llorando en el suelo. — ¿Qué te ha hecho?

— Nada, mamá. — Intentó que no se preocupara. — No ha sido nada.

Entraron a la casa y se dirigió de inmediato al baño. Se gastó todo el bote de enjuague bucal que tenía limpiándose la boca. Incluso después de eso, sentía que la tenía sucia. El solo hecho de recordar el fluido viscoso de Jorge llenando su boca y su garganta le producía arcadas y, en respuesta, se hacía otro enjuague.

“¿Qué hiciste para merecer esto?”, se preguntó al ver su reflejo con el maquillaje corrido por su cara de tanto llorar. Recordó que a Leo le gustaba su rostro sin maquillaje, por el contrario, Jorge le exigía que se maquillara al máximo.

Se limpió la cara con el removedor de maquillaje y se puso ropa cómoda. Bajó nuevamente a la cocina, donde estaba su madre esperándola.

— Hija. — Le dijo cuando se sentó a su lado. — No tienes por qué hacer esto. Cada día lo pienso más y no deberías estar aquí. Este problema lo tenemos que resolver tu padre y yo, tú no tienes por qué salir afectada.

— Mamá, no quiero que le pase nada malo a papá. — Respondió con tristeza. — Cuando me he negado, Jorge se las ha arreglado para que papá tenga recaídas de salud.

Su madre se llevó las manos a la cabeza y murmuró algo en voz baja. Liliana sabía que estaba muy afectada por la situación. Toda la vida se había encargado de decirle que ella era un espíritu libre, que había nacido para hacer lo que quisiera en el mundo. Tener a Liliana, su única hija, como “esclava” de una persona la estaba acabando por dentro.

— Por cierto. — Continuó Liliana. — ¿Dónde está papá? Ya es tarde.

— No lo sé. No he sabido nada de él en todo el día.

Liliana se preocupó por su padre. Debido al estado de salud en el que se encontraba, era mejor tener contacto con él todo el tiempo por si recaía. Buscó el teléfono fijo para llamarlo, pero apenas marcaba, saltaba su contestador. Aquello hizo que se asustara aún más.

— Está bien, cariño. — Dijo su madre quitándole el teléfono de la mano. — ¿No sabes que las malas noticias son lo primero en llegar? Si no sabemos nada, es que no ha pasado nada malo.

Liliana soltó el teléfono y se quedó mirando a la nada. Las dos se quedaron en silencio contemplando al gato que tenían por mascota. Liliana quería decirle tantas cosas a su madre, pero no sabía por dónde empezar. Ni siquiera habían podido detenerse a hablar de sus experiencias en la capital y en su trabajo gracias a que se había pasado los días deprimida por perder a

Leo cuando llegó y los últimos días todos habían estado como en otro mundo por lo que Jorge hacía con ella.

— Mamá. — Rompió el silencio. — ¿Puedo contarte un secreto?

— Dime, hija. — Respondió su madre sin dejar de mirar hipnotizada al gato.

— ¿Te acuerdas del chico de la noticia de hoy? — Dijo Liliana dispuesta a contarle su historia con Leo. — El cantante.

— Sí, hija. — Continuaba con la mirada fija en el gato que estaba rascándose una oreja.

— Ese chico... era el novio que les dijo Victoria que yo tenía.

Su madre abrió por completo los ojos, sorprendida. Giró su cabeza hacia Liliana y, al verla a los ojos, Liliana hizo un gesto con la mirada demostrándole que era verdad.

— ¡No me digas! — Dijo su madre sorprendida. — Tu prima nos dijo que era un rockero. Pero tu papá y yo imaginamos que era uno al que le gustaba la música, no un integrante de un grupo. ¿Y qué pasó? ... ¿Por qué ya no estás con él? ... ¡La del tatuaje!... Fue por eso, ¿verdad?

Liliana tomó aire y empezó a contarle la historia a su madre. No pensó que contar su relación con Leo fuera a llevarle tanto tiempo. Para que su madre entendiera todo, tuvo que contarle todo, empezando por su trabajo en el periódico. Le habló de Juan y del redactor. Le habló de la entrevista y lo mucho que le había impuesto ver a Leo. Le dijo que a pesar de que era muy atractivo, el día de la entrevista se había comportado como un idiota y no le había interesado en lo más mínimo. Le contó todo el concierto, el viaje del día siguiente, el salto del puente, la comida en el restaurante de Congo y hasta su primer encuentro sexual.

— De eso no tienes que contarme los detalles, hija. — Dijo su madre, que se encontraba completamente inmersa en la historia.

Liliana rio y continuó hablando. Por primera vez en aquellos días se sentía feliz recordando todos los sucesos con Leo.

Después le contó la pelea que tuvo con su prima. Su madre se reprobó el comportamiento de Victoria al saber lo que había pasado, le dijo que se había comportado como una inmadura. Luego, le contó cómo al día siguiente había sido despedida, cómo se sintió y cómo se refugió en Leo. Le contó sus días en la casa con Leo y cómo se había acoplado de bien al resto del grupo. Le contó cómo eran Mario, Carlos, Fer y Jimmy.

—Por lo que me estás contando, ese Leo es un príncipe. — Dijo en

ese punto de la historia.

— Sí, mamá. Es el mejor... y yo, por tonta, creí las mentiras de una en la televisión y lo perdí.

Siguió contando cómo había visto la noticia de la chica que supuestamente se había acostado con Leo. La forma en la que le dijo que no quería saber nada más de él y llamó a su padre.

— Fui una tonta. — Dijo al terminar la historia.

— No, cariño. Es normal que pensaras así. Aunque si debiste haberlo dejado hablar contigo... Esa es la base del éxito de toda relación, la comunicación.

Liliana asintió y se sintió mal por haber sido tan inmadura, quizá si hubiera tenido el consejo de su madre aquel día no se hubiera ido de la casa de Leo.

— Hay algo que no entiendo. — Siguió su madre. — ¿Cómo creíste en la historia de esa mujer?

— Ahora que lo pienso... Le di credibilidad cuando describió la marca de nacimiento que tiene en una nalga Leo...

— Ay, hija mía... si esas cosas de los famosos están en internet y en todos lados.

Liliana se sintió aún más estúpida.

— Bueno... la verdad es, mejor, ni siquiera pensar en eso. Si no hubiera pasado, yo no hubiera vuelto y sabría Dios en qué condiciones estarían papá y tú.

Las dos se abrazaron. Aquella conversación les había hecho olvidar la situación que estaban viviendo por un momento.

Liliana se asomó a la ventana. Se había hecho de noche y su padre aún no llegaba estaba preocupada. Se preguntaba si Jorge había hecho algo más en venganza por haber perdido su negocio aquella tarde.



LEONARDO

No podía perder más tiempo. Había tardado más de lo esperado en aquella estación de servicio por culpa de los moteros que le habían pedido varias fotos. Iba lo más rápido que la moto le permitía, no le importaba si había controles de velocidad. Lo único que quería era llegar pronto a Castalia.

Había adelantado mucho camino cuando empezó a caer el sol. Ya tan solo le faltaban doscientos kilómetros de distancia para llegar a su destino. A pesar de que iba a 150 km/h, sentía que iba lento. Las ganas de llegar y empezar a buscar a Liliana lo impacientaban.

“Cuando llegue, ¿qué hago?” Todavía no tenía un plan trazado para llegar hasta Liliana, aunque no le preocupaba mucho. Nunca había visitado aquella ciudad, pero tenía la sensación de que debía ser muy grande.

Unos kilómetros antes de llegar a la ciudad pasaron a los lados de una planta industrial gigantesca. Se imaginó que era una refinería porque era la principal actividad económica de aquel sector. El espectáculo de luces en las torres de la refinería lo hacían sentirse en otro mundo. Le hizo recordar a los paisajes de un videojuego al que había jugado en su infancia.

Tuvo que taparse la nariz para pasar por allí. El olor a gas y a productos químicos era insoportable, más para él, que atravesaba la zona sin la protección que ofrece un carro. Finalmente terminó de pasar por la refinería y a lo lejos empezaron a aparecer las luces de la ciudad que se encontraba en una zona más baja de dónde él estaba conduciendo.

“Mierda”, pensó cuando se acercó más. La ciudad era inmensa, jamás hubiera pensado que tuviera aquel tamaño. Se veían una infinidad de luces de las casas que se extendían a lo largo del valle. Aquellas luces eran bruscamente cortadas por un vacío completamente negro, Leo supuso que aquello era la parte del Lago Grande que colindaba con la ciudad. Aceleró para llegar más rápido.

Se desanimó al descubrir la realidad de la ciudad. Era más grande de lo que esperaba y eso significaba que le costaría más encontrar a Liliana. En su mente, aquel era un pueblo grande que no debía tener más de unos diez mil habitantes. La realidad le dio un golpe en la cara cuando pasó por un arco que daba la bienvenida a la ciudad. Decía que, en Castalia, había trescientos mil habitantes.

“Estoy muy cansado”, pensó. El viaje lo tenía completamente entumecido, ya casi no sentía sus nalgas y la espalda le dolía demasiado. Decidió que usaría esa noche para descansar y al día siguiente empezaría su búsqueda.

No quería dar muchas vueltas, al menos esa noche. Por lo que se acercó al primer sitito que encontró para quedarse a dormir, no le hizo falta adentrarse mucho en la ciudad. Se trataba de una posada que llevaba por nombre “La alegría del peregrino”. Leo pensó que la alegría se tenía que haber perdido años atrás. Seguramente aquella posada había tenido mejor vida, pero, en esos momentos, no se trataba más que de un sitio de mala muerte. La zona en la que se encontraba tampoco era muy alentadora, era muy parecido a los barrios de la periferia de la capital en la que había más inseguridad. Se encontraba tan cansado que decidió dormir aquella noche ahí, al día siguiente ya buscaría algo mejor.

Al entrar lo recibió una mujer que llevaba vestimenta de cortesana medieval. Las ropas las llevaba sucias y rotas. El pelo enredado y le faltaban los dos incisivos superiores en la boca. Leo se rio por dentro de ver la pocilga en la que se había metido.

— Buenas noches. — Dijo a la mujer que lo recibió. — ¿Tienen una habitación libre?

La mujer soltó una carcajada estruendosa.

— ¿Habitación libre? ¡Ja! ¿Sabes hace cuánto no se queda nadie aquí?

La mujer sacó unas llaves de un cajón con una etiqueta que ponía 202 en ella. Le explicó hacia dónde estaba la habitación y el “truco” que tenía que usar para poder abrir la puerta. Cada vez que la mujer abría la boca, desprendía un olor fétido. Leo rezó porque se callara y no abriera más la boca para así poderse ir rápido a su habitación.

— Si necesitas servicios extras, llámame. Podría enseñarte la verdadera “alegría del peregrino” — Dijo la mujer mientras le guiñaba un ojo y se pasaba la lengua por la boca. — Como estás tan bueno, no te cobraré nada.

Leo puso cara de asco, sin decir nada se fue a su habitación. Tal y como le había explicado la mujer, tuvo que tirar de la puerta hacia él para poder girar la llave, luego levantar la puerta un poco para poderla empujar y abrir. Al ver la habitación pudo comprobar que, en efecto, llevaban una larga temporada sin tener huéspedes. Los muebles de la habitación estaban llenos

de polvo, se les notaba que hacía rato no se le pasaba ni siquiera un paño por encima para limpiarlo. En las esquinas del techo había telarañas tan grandes como su cabeza, esperó que las arañas que las hubieran hecho, ya no se encontraran en la habitación.

Soltó sus cosas en el suelo, se quitó las pesadas botas y se dejó caer en la cama. La cama era tan dura que le hizo daño al golpearse contra ella. Maldijo la cama por lo dura que estaba y lanzó un puño contra la almohada. La almohada era incluso más dura que la cama, por lo que se hizo daño en la mano. Lo surrealista de la situación le hizo tanta gracia que se echó a reír. La Alegría del Peregrino era una posada que parecía que más bien que ambientada en la épica medieval, se hubiera construido en esa época y se hubiera mantenido a lo largo del tiempo hasta ese momento.

“Cuando se lo cuente a los chicos, van a querer venir aquí”, pensó. Cada vez que alguien descubría un sitio raro, lo compartía con los demás. Aquel, sin duda, era un lugar para visitar por parte del grupo, al menos las risas estaban garantizadas.

La habitación tenía unas ventanas con puertas de madera. La brisa hacía que estas puertas se abrieran rechinando y, de vez en cuando, se cerraran fuertemente de golpe. Leo fue hacia ellas a ver si las podía cerrar por completo para evitar esos ruidos molestos. Al llegar a la ventana, vio que afuera, al otro lado de la calle, había un bar. No tenía muy buena pinta, pero sí era mejor que aquella posada.

“A lo mejor puedo comer algo allí...no me atrevo a pedir nada aquí”, pensó con la esperanza de que el bar fuera, al menos, más limpio que la posada.

Se volvió a poner las botas y bajó para buscar algo de comer en el bar.

— ¿Vienes a pedirme mis servicios? — Dijo la tendera al verlo pasar por la recepción. Le tiraba besitos y con la mirada, parecía desnudarlo.

— Te aseguro que no te vas a arrepentir, bombón.

— Me temo que voy a pasar de tus servicios. — Respondió Leo. — Tu belleza me impone y no creo poder aguantar tu ritmo.

Siguió caminando y salió de la posada. A la tendera pareció haberle gustado lo que le dijo, cuando le habló de su belleza, la mujer abrió los ojos y se puso morritos en los labios. Leo pensó en lo fácil que era engañar a la gente y decirles lo que querían oír.

Al acercarse, leyó el letrero del bar. Dudó si debía entrar o no al “Bar Pepe el Guarro”, a priori, el nombre no ofrecía nada mejor que “La Alegría

del Peregrino”. Se alegró al ver que, por dentro, el bar estaba limpio. Al menos no tenía nada que ver con la posada y, aunque no fuera un restaurante de lujo, podría comer algo antes de dormir.

A la izquierda de la entrada se encontraba la barra. El camarero estaba detrás de ella, limpiándola. Era un hombre vestido con pantalones negros, camisa blanca, chaleco rojo y una pajarita negra. Leo se sintió un poco confundido, no era la indumentaria esperada para un bar con ese nombre y en el sitio en el que se encontraba. Se confundió todavía más cuando vio a los cuatro clientes que había en el bar. Todos eran hombres bien vestidos, nada encajaba con la zona de la ciudad en la que estaba.

—Buenas noches. — Dijo el camarero al sentarse en una butaca de la barra. — ¿En qué puedo servirle?

— ¿Tienen comidas aquí? — Preguntó intentando encontrar una cocina detrás de la barra. Había una ventana con los cristales tintados que no dejaba ver nada hacia dentro, pero supuso que allí habría una cocina.

—Me temo que no preparamos comidas aquí. — Respondió el camarero. — Pero si quiere, podemos buscar lo que se le antoje. En Pepe el Guarro somos especialistas en cumplir los deseos de nuestros clientes.

— ...Una hamburguesa estaría bien... — Dijo Leo dudando. El camarero cogió un teléfono, marcó un número y pidió la hamburguesa que había pedido Leo.

— Listo. En unos treinta minutos estará por aquí su pedido. ¿Hay algo más en lo que pueda servirle?

Una puerta a la derecha de la barra se abrió, de ella salieron un hombre poniéndose bien la ropa y dos chicas con cuerpos de modelo abrazadas a él. De inmediato Leo entendió que era aquel lugar. Hacía un par de años se habían puesto de moda por el país lugares en los que la gente podía ir a pedir cualquier cosa que quisiera, la mayoría eran fantasías sexuales. Se ubicaban en sitios marginales de las ciudades y, para evitar problemas legales, los ponían como restaurantes, bares y cosas por el estilo. Aquellos sitios eran, en su mayoría, visitados por gente de un alto nivel económico. Nada de lo que ocurría allí salía nunca a la calle, por lo que sus clientes podían estar tranquilos de que nadie se enteraría de que estuvieron allí.

— Ponme una cerveza. — Pidió Leo.

Se giró en su butaca para observar a la gente que había allí. Aquella noche estaba resultando de lo más irreal que se podía imaginar. Pensaba que

ese tipo de sitios eran mentira, nunca había estado en uno y tampoco se había interesado por estarlo. Gracias a su vida como cantante había podido cumplir todas sus fantasías sexuales de manera gratuita. A pesar de todo lo que había hecho antes, nunca había tenido encuentros sexuales tan intensos como los que tenía con Liliana, así que ya no le interesaba nada más que no fuera con ella.

Al fondo a la derecha, un hombre de mediana estatura, barriga prominente y pelo canoso estaba pasando discos en una gramola. Luego de varios segundos buscando, puso una canción y volvió a la barra tambaleándose.

— Buena canción. — Le dijo Leo con la cerveza en la mano. Reconoció los acordes iniciales de “Hotel California”. El hombre, que se notaba que había bebido bastante, sonrió y levantó su botella de cerveza hacía Leo.

—La vida es como ese hotel. — Dijo el hombre luego de haber estado en silencio unos minutos. Se puso de pie y se sentó al lado de Leo. — Hay situaciones en las que nos metemos en y luego, por más que intentemos, no podemos salir de ellas...

El hombre tenía la mirada perdida, en su voz se podía notar mucha tristeza. Leo se preguntó qué situación estaría pasando aquel hombre como para estar así. Se recordó a sí mismo hacía unos días, no quería vivir ni estaba tenía ánimos para nada.

—De todo se sale. — Respondió Leo intentando subir el ánimo de aquel hombre.

— No sé cómo se puede salir de un fiasco. — Dijo el hombre que había terminado su cerveza, inmediatamente pidió otra. — He puesto en riesgo todo, mi familia, mis bienes, todo.

Leo intentó cambiar el tema de conversación. Se notaba que aquel hombre sufría al decir esas palabras. Le preguntó por sus gustos musicales, supuso que se trataba de un rockero antiguo por la canción que había puesto.

— Mi canción favorita es “Stairway to Heaven”. — Dijo el hombre mientras hablaban de música. Leo recordó el día que Liliana puso esa canción en la gramola. — La estuve buscando en esta gramola, pero no está.

— Tiene usted un muy buen gusto musical. — Le dijo Leo. — Se nota que sabe de música.

El hombre soltó una risa.

—Hace años que dejé esa música. ¿Sabes una cosa? Yo solía ser como tú de joven. Tenía el cabello largo como tú, no tenía barba, pero sí bigote. En aquella época estaban de moda únicamente los bigotes. Iba por la vida sintiéndome libre y el dueño de todo, pero cuando te conviertes en cabeza de familia, amigo... tienes que sentar cabeza y hacerte responsable de todo.

—Por lo que veo, ama usted a su familia.

—Más que a nada en este mundo. — Sus ojos se aguaron.

— ¿Puedo hacerle una pregunta? — Dijo Leo.

— No me hables de usted, háblame de tú. Los que beben juntos, son amigos. — Chocó su botella de cerveza con la de Leo. Desde que habían empezado a hablar, no habían pasado ni quince minutos y Leo seguía con la misma botella de cerveza casi llena. El hombre ya había pedido cinco hasta ese momento.

—Vale. Si amas tanto a tu familia... ¿Qué haces en un lugar como este?

— No pienses mal de mí. — Respondió el hombre. — No estoy aquí por lo que viene normalmente la gente. Vengo aquí porque nadie se entera que estoy bebiendo más de la cuenta. Estos sitios son una tumba, no sale nada de información de lo que pasa aquí a la calle.

— Ya veo... — Dijo Leo. Era comprensible aquella respuesta, lo más seguro era que aquel hombre fuera una persona de un alto standing social y prefería que nadie supiera en el estado en el que se encontraba. — ¿Qué es eso tan grave como para tenerte así?

— Negocios. — Respondió el hombre luego de quedarse en silencio varios segundos. Parecía como si no quisiera contarle aquello a Leo. — Unos negocios que salieron muy mal.

— ¡Venga ya! — Dijo Leo. — El dinero no es nada importante en esta vida, se viene y se va.

— ¿Qué vas a saber tú? — Dijo el hombre mirando de arriba a abajo a Leo. — Si se nota que eres un joven que no sabe nada de la vida. Seguro que no sabes lo que es tener algo y perderlo todo.

— Créeme que si sé qué es perderlo todo. — Dijo Leonardo. — Precisamente eso es lo que me trae a esta ciudad. Estoy buscando algo que he perdido.

El hombre se encogió de hombros y siguió bebiendo cerveza.

—Espero que encuentres lo que buscas.

Siguieron hablando por un largo rato. Leo se sorprendió tanto como el hombre al descubrir que tenían muchas cosas en común. La hamburguesa que había pedido era más grande de lo que esperaba, la compartió con el hombre.

—Bueno. — Dijo el hombre cuando terminó de comer. — Es hora de irme.

El hombre se puso en pie como pudo, sacó las llaves de un carro de su bolsillo y se dirigió a la puerta.

—Oye. — Gritó Leo antes de que saliera. — ¿Te vas conduciendo?

El hombre asintió con la cabeza, levantó su mano con las llaves y le guiñó un ojo a Leo.

— ¿Estás loco? — Dijo Leo. — Vas a matar a alguien en ese estado. Yo te llevo.

Sacó de su cartera el dinero para pagar lo que había consumido y lo de aquel hombre, se había ido sin pagar, pero al camarero no había parecido importarle.

— No tienes por qué pagar nada. — Le dijo el hombre. — Tengo una cuenta abierta en este local, a fin de mes me pasan todo a mi tarjeta.

Leo agitó la mano para que no se preocupara y pagó todo lo que habían consumido los dos. Se acordó de los precios de Congo al ver el valor total de la cuenta, entendió que la discreción de ese lugar, al igual que la tranquilidad que ofrecía el bar de su amigo moreno debía pagarse.

Se puso en pie y acompañó al hombre a la puerta. Lo agarró del brazo para ayudarlo a caminar para cruzar la calle hasta dónde estaba estacionada su moto.

— De verdad. — Dijo el hombre mientras esperaban que el semáforo se pusiera en verde para los peatones para poder cruzar la calle. — No necesito que me lleves a ningún lado, estoy bien.

—Si no quieres joderte más la vida, déjame acércate a tu casa.

Cruzaron la calle juntos y se acercaron a la moto de Leo.

— No, no. — Dijo el hombre al ver que era una moto el medio de transporte de Leo. — Ni loco me subo en eso.

Leo sonrió, le extendió un casco y se puso el suyo.

—No te va a pasar nada, te lo prometo.

El hombre dudó, pero, al final, se puso el casco y se subió a la moto con Leo. El viaje le resultó más complicado de lo que había pensado, debido al estado de embriaguez que tenía el hombre, le resultó muy difícil conducir. No paraba de moverse de un lado a otro a cada curva que tomaban haciendo que

Leo perdiera el equilibrio en la moto. Como si eso no fuera suficiente, el hombre le daba indicaciones de qué calle tomar en el último momento, haciendo que Leo se ganara varios insultos de los demás conductores al realizar sus maniobras.

Cruzaron la ciudad casi entera. Llegaron a una zona en la que había casas muy grandes. Leo intuyó que aquella zona era el lugar de residencia de la gente adinerada de la ciudad. Corría una brisa fresca en el ambiente lo cual solo podía significar que aquella zona se encontraba cerca al lago.

— Esa es mi casa. — Dijo el hombre señalando una casa grande blanca.

Se acercó con la moto y se estacionó en frente. El hombre se bajó y le agradeció por haberlo acercado hasta su casa.

— Ojalá existiera más gente como tú. — Dijo el hombre al despedirse.

Caminó en dirección a la casa y subió los escalones de la entrada de la casa. Se giró y agitó la mano despidiéndose de Leo. En el interior de la casa se encendieron unas luces y salieron dos mujeres a recibirlo. Las dos mujeres se abrazaron al hombre, Leo se fijó en la cara de una y pensó que estaba soñando.

— ¿Lili?



LILIANA

Se quedaron juntas en la sala de la casa esperando a que llegara su padre. Pasaron las horas y no aparecía, finalmente su madre se quedó dormida en el sofá. Liliana la cubrió con una manta y se acostó en un sillón reclinable que había al lado. Al poco tiempo se quedó dormida también.

Un ruido estruendoso en la calle la despertó. Pensó que había sido un rayo, pero no paraba de sonar, al escucharlo mejor, se dio cuenta de que era una moto. Le pareció extraño y despertó a su madre. Encendieron la luz de la sala y salieron a ver qué sucedía. Al abrir la puerta vieron a su padre subiendo las escaleras del porche de la casa. Corrió a abrazarlo, se sintió aliviada de que hubiera llegado sano.

Lo abrazó lo más fuerte que pudo, había temido por la salud de su padre por el enfado que había tenido con ella Jorge esa tarde.

— ¿Lili? — Escuchó decir.

En frente a la casa había una moto estacionada con un hombre alto subido en ella. Creyó que su mente le estaba jugando nuevamente una mala pasada.

— ¿Leo? — Dijo incrédula.

El chico se acercó rápidamente a la casa, ella soltó a su padre y corrió hacia él. Ambos se abrazaron con mucha fuerza. Liliana seguía sin saber si estaba soñando o estaba despierta, se separó de él y empezó a tocarle la cara para ver si era realidad.

— ¡Eres tú! — Exclamó con lágrimas en los ojos. No entendía de qué manera había llegado Leo a su casa y mucho menos con su padre. —
¿Qué haces aquí?

Leo la volvió a abrazar con mucha fuerza. El corazón de Liliana latía a mil por hora, con el contacto de su piel con la de Leo sus pelos se pusieron de punta. Sus días anteriores habían sido un infierno y ver a Leo, nuevamente, la había llenado de felicidad.

— ¿Ustedes dos se conocen? — Intervino su padre que no entendía nada lo que estaba sucediendo. Se acercó a ellos, mirándolos confundido.

— ¡Es Leo! — Gritó su madre.

— ¿Quién es Leo? — Preguntó su padre sin comprender nada.

— El novio de la niña. — Le respondió su madre. — Este es el

rockero que nos dijo Victoria con el que estaba saliendo.

Su padre se acercó más a ellos y agarró la mano de Liliana. Tiró de ella y los apartó.

—Cariño, explícame qué está pasando aquí.

Liliana le explicó quién era Leo. Su padre no paraba de abrir los ojos mientras le contaba la historia de amor de los dos. Mientras tanto, su madre no paraba de hacerle cumplidos a Leo y de preguntarle cosas que Liliana creía que eran absurdas. Su madre se estaba comportando como una de las fanáticas que tanto acosaban a Leo.

—No, no. - Dijo su padre una vez volvió en sí al terminar la historia de Liliana. — Tienes que irte de aquí — le dijo a Leo.

Leo lo miró extrañado, no entendía por qué le decía eso. Momentos antes le había dicho que ojalá existieran más personas como él.

— Si Jorge se entera... — Siguió su padre.

— ¿Quién es Jorge? — Preguntó Leo. Ahora era él el que no entendía lo que estaba pasando.

— No es nadie. — Respondió rápidamente Liliana. No quería que Leo supiera del calvario que la estaba haciendo pasar Jorge. Conocía muy bien a Leonardo como para saber cómo reaccionaría ante esa situación.

— ¿Quién es Jorge? — Insistió mirando a su padre.

Su padre dudó en responder. Liliana le lanzaba miradas para que no dijera nada al respecto.

— Es mi socio. — Respondió finalmente.

— ¿Qué tiene que importarle a tu socio que yo esté aquí? — Leo parecía estarse desesperando por saber qué ocurría. — Lili, explícame ya mismo qué cojones está pasando.

Aunque Liliana no quería confesarle a Leo todo lo ocurrido con Jorge, temía perderlo nuevamente. Sabía que se haría una furia cuando supiera cómo había estado usándola, respondería impulsivamente y podría hacer algo que afectara a sus padres. A pesar de eso, también pensaba que la única persona que podía ayudarla era Leo.

— J-Jorge es mi pareja anterior. — Dijo con dudas. No sabía qué debía decirle a Leo y qué no. — Mi padre tenía negocios con el suyo, pero al morir, él se hizo cargo.

— ¿Jorge el aburrido? — Preguntó Leo. Liliana le había contado por encima su relación con Jorge a Leo. No le había dicho nada más allá de

que era una persona aburrida y, por ese motivo, había terminado su relación con él.

Liliana asintió.

— Espera un momento. — Dijo Leo girándose hacia el padre de Liliana. — ¿Ese es el socio del que me hablaste? ¿El que te está manejando?

Liliana se asustó. No sabía que Leo y su padre habían estado hablando antes, hasta ese momento no reparó en qué casualidad del destino había hecho que ellos dos se conocieran. Su padre y su madre se quedaron en silencio sin responder a Leo. Este abrió los ojos y la boca como si hubiera caído en cuenta de algo.

— ¡Nos vamos de aquí, Lili! — Gritó Leo. La agarró de la mano y tiró de ella hacia él. — Ese es el hijo de puta que ha estado chantajeando a tu padre contigo, ¿no? No voy a permitir que estés más aquí, nos vamos.

— Leo, espera. — Liliana intentaba soltarse de él. — No me puedo ir.

— Sí puedes. — Leo estaba furioso. — No entiendo cómo puedes aceptar que un hombre te use como si fueras de su propiedad.

Liliana se sintió avergonzada, no sabía hasta qué punto de la historia sabía Leo. Si se enteraba de lo que le había hecho esa tarde, seguramente iba a matar a Jorge.

— ¡Suelta a mi hija! — Dijo su padre. Se acercó a ellos y de un empujón tiró a Leo al suelo. Liliana estaba sorprendida, no sabía que su padre pudiera llegar a tener la fuerza como para tumbarlo.

Leo cayó sobre la moto, tirándola al suelo. Se levantó y miró enfurecido a su padre, apretó los dientes y se volvió a levantar. Su padre se puso frente a él, tapando a Liliana. Su madre estaba gritando histérica ante la escena.

— ¡Vete! — Volvió a decirle su padre. Acto seguido soltó un grito de dolor y se llevó la mano al brazo izquierdo.

— ¡No me voy a ir! ¡No sin Liliana! — Respondió Leo. Le estaba cayendo un hilo de sangre por la frente, se había hecho daño al caer sobre la moto. Liliana estaba en shock, no podía ni siquiera moverse. — ¿Cómo te atreves a vender la felicidad de tu hija?

— Lleva a la niña adentro. — Ordenó su padre a su madre. — No me importa lo que pienses de mí, no eres nadie para decidir nada sobre mi hija.

— Tú tampoco. — Respondió Leo. La madre de Lili la intentó llevar

dentro de la casa nuevamente. Liliana estaba completamente paralizada.

— Es mi hija, yo hago lo que creo que es mejor para ella.

— Sí. Como venderla, ¿verdad?

Su padre se quedó callado y Leo lo apartó para acercarse a Liliana nuevamente. Al verlo, Liliana se asustó. Tenía la cara completamente ensangrentada, el pelo se le había mojado con la sangre y se le había pegado al rostro. Se acercó a Liliana y puso su frente sobre la suya.

— No voy a permitir que sigas viviendo este infierno, amor mío. —

Le dijo Leo. Al separarse de ella, le dejó la frente también llena de sangre.

La agarró firme de la mano y la volvió a sacar de la casa. Su madre lanzó un grito al ver la frente de Liliana llena de sangre. Pasaron frente a su padre, que se agarraba con fuerza su brazo izquierdo con una mueca de dolor en la cara.

—N-no. — Dijo su padre al pasar por su lado. Se agarró el pecho y cayó de espaldas al suelo.

— ¡Papá!

El resto de los acontecimientos pasaron muy rápido para Liliana. Era como si no estuviera presente en todo lo que estaba pasando. Corrió hacia su padre, que estaba tirado en el suelo, Leo también se fue a atenderlo. Su madre no paraba de gritar y llorar. Llamaron la ambulancia, que en menos de veinte minutos llegó su casa. En el momento en el que se subieron a la ambulancia, llegó la policía. Los vecinos los habían llamado por los gritos que habían escuchado de la discusión. Al ver la escena, se acercaron a Leo que estaba cubierto de sangre y le pusieron unas esposas sin dejarlo decir nada. Los paramédicos cerraron las puertas de la ambulancia y arrancaron. Liliana vio por la ventanilla que Leo forcejeaba con los policías, le daba un cabezazo a uno y los otros lo reducían. Lo subían al coche patrulla y se lo llevaban.



LEONARDO

—Qué asco me dan los famosos como usted. — Le dijo con desprecio el capitán del cuerpo de policía de Castalia. Mientras lo tenía frente en su despacho — Creen que están por encima de la ley.

Leo lo miró con asco y no respondió. Le daba rabia que lo acusaran de creerse estar por encima de las leyes cuando habían sido ellos quienes, sin preguntar, lo habían esposado y lo habían tratado de subir al carro patrulla. Sabía que había herido a un oficial, pero había sido porque no lo soltaban. Aún le dolían los golpes que le habían dado con las porras para reducirlo. Parecía como si los policías se divirtieran haciéndolo, incluso cuando ya estuvo tirado de rodillas en el suelo, siguieron golpeándolo.

La noche anterior la pasó encerrado en una celda de la comisaría. Le dijeron que estaría ahí encerrado hasta que se solucionara la situación de “la familia a la que había atacado”. Por más que lo repitió, ningún policía lo escuchó al decir que él no estaba atacando a nadie. Lo trataron incluso peor cuando uno de los policías lo reconoció. Era como si le tuvieran asco por el simple hecho de ser famoso.

Le habían permitido hacer una llamada. Aunque eran las horas de la madrugada cuando llegó a la comisaría, no dudó en llamar a Simón. Como representante de la agrupación, debía estar ahí para resolver ese tipo de situaciones. El representante le dijo que por la hora que era no podía hacer nada, pero que no se preocupara. A la mañana siguiente haría que lo sacaran de ahí.

Leo se durmió en el suelo de la celda. La sangre que tenía en la cara se había secado formándole una costra que se quebraba con cada movimiento facial. Lo despertó el policía al que le había dado el cabezazo, tenía la cabeza vendada. Le dijo que se pusiera en pie y le escupió.

Leo había estado tan cansado por todos los acontecimientos del día anterior que no se había dado cuenta que ya eran las horas de la tarde. Se había pasado todo el día durmiendo. El policía lo llevó a empujones al baño para que se limpiara la sangre seca de la cara y, después, lo empujó hasta la oficina del capitán de la comisaría

Estuvieron varios minutos en silencio, hasta que alguien llamó a la puerta. Nunca se había alegrado tanto de ver a Simón. El representante estrechó la

mano del capitán de policía y se llevó a Leo.

— ¿Sabes lo que me ha costado sacarte de aquí? — Le recriminó Simón cuando salieron de la comisaría. Sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos y encendió uno. Pocas veces había visto Leo fumar a Simón, únicamente lo hacía cuando estaba estresado. — ¿En qué mierda te has metido ahora? ¿Sabes lo que he tenido que soltar al policía ese para que no diga que lo agrediste?

—Lo siento, Simón. — Leo sintió culpa. Con todo lo que habían hablado en la televisión de él las últimas semanas, aquella hubiera sido una noticia bomba para ellos. — Gracias por venir.

Simón lo miró y suspiró.

—Es mi trabajo...

Últimamente, gracias a la ayuda de Simón, Leo se había sentido más cercano y agradecido a él. Nunca había considerado el trabajo que el representante hacía, pero era gracias a él por quien había conseguido las grabaciones del hotel y ahora lo había sacado de la comisaría.

—Tenemos que ir al hospital. — Dijo Leo mientras le quitaba a Simón el cigarrillo de la boca. — Y deja ya esa porquería que no te ayuda a nada.

— ¿Al hospital a qué? — Preguntó Simón mientras Leo pisaba la colilla del cigarro.

—Tengo que buscar a Liliana.

—Ya decía yo, qué cojones hacías tú por estos lados. — Simón rio.

— La Roja esa te tiene completamente cautivado.

—Más que eso. — Respondió Leo. Lo que sentía por Liliana era indescriptible, la noche anterior, al volverla a abrazar, volvió a sentir que vivía. No quería volver a perderla nunca más.

Llamaron a un taxi y le pidieron al conductor que los llevara al hospital. No sabía el nombre de Liliana como para preguntar por su habitación, pero le preguntó a la recepcionista por un hombre que había llegado la noche anterior con un ataque al corazón. En un principio la mujer no le quiso dar ninguna información. Simón se acercó a ella y sacó un billete de su cartera. La mujer miró a la derecha y luego a la izquierda, agarró el billete y le susurró en el oído a Leo la habitación del padre de Liliana.

—Así se resuelve todo en esta vida. — Le dijo Simón sonriendo.

Caminaron en busca de la habitación que les dijo la mujer. Leo abrió la puerta y se encontró a Liliana y su madre sentadas en un sofá. El padre de

Liliana estaba acostado en una cama con una gran cantidad de aparatos conectados a él. Al verlo, Liliana se levantó a abrazarlo.

— Lo siento mucho. — Dijo Leo. — No pretendía que pasara esto.

—No es tu culpa. — Respondió la madre de Liliana. — Lleva ya mucho tiempo con el corazón delicado, era cuestión de tiempo.

Leo no dejaba de sentirse culpable. Ahora entendía por qué Liliana había tenido que aguantar los chantajes de su pareja anterior. Lo había hecho para proteger a su padre.

— Perdóname, Leo. — Dijo Liliana con lágrimas en los ojos. — No debí haberme ido de tu casa. No debí haber creído la historia de esa chica. Pero ya todo está hecho y no veo de qué forma puedo salir de esta situación sin hacer daño a mis padres.

Leo la abrazó fuertemente. Tenía unas ganas incontrolables de partirle la cara a es tal Jorge, pero sabía que, si iba a solucionar las cosas a su manera, tendría consecuencias para la familia de Liliana y el estado de salud de su padre no le permitía tener más sobresaltos.

Soltó a Liliana y se acercó a su padre. Sintió lástima al verlo así conectado a tantos equipos médicos. La noche anterior, en el bar, había llegado a conectar realmente con él. Sentía que tenía el deber no solamente con Liliana, sino que con el también de solucionar toda la situación.

Chocó su puño contra el puño del padre de Liliana. Aquel era el saludo que tenía con sus compañeros. Se apartó de la cama y se dirigió hacia Liliana. La besó en la frente y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

— ¿A dónde vas? — Preguntó Liliana.

— A solucionar esto. — Respondió mientras cerraba la puerta.

Estaba decidido a acabar el sufrimiento de Liliana y su familia. Iba a darle una lección a tal Jorge ese que nunca en la vida se le iba a olvidar. Después de eso, no le iban a quedar ganas de manejar la vida de nadie más.

Simón se había quedado en una sala de espera mientras Leo estaba en la habitación del padre de Liliana. Al verlo se puso de pie y siguió a Leo. Al salir del hospital Simón sacó unas gafas de sol que tenía en su portafolio que llevaba a todos lados. Leo se las quitó de las manos y se las puso.

— Simón.

— ¿Sí?

—Llama a los chicos. — Dijo Leo mientras bajaba por las escaleras de la fachada del hospital. — Tengo un plan.



LILIANA

— Hija. — Dijo su padre sin fuerzas. — Ven aquí.

Ya habían pasado dos días desde que su padre había sido ingresado en el hospital. Hasta ese momento, no se había despertado, aunque los médicos les decían a ella y a su madre que su evolución era positiva. Liliana se alegró al oírlo y se acercó a él.

—Lo siento mucho. — Dijo su padre cuando estuvo a su lado. — No me importa lo que pase conmigo, vete de aquí.

—No voy a irme, papá. No los voy a dejar solos.

—Tu papá tiene razón, Liliana. — Dijo su madre. — Nosotros ya hemos tenido nuestra vida, no puede ser que la tuya sea una desgracia por nuestra culpa. No te preocupes por lo que pueda pasarnos.

Liliana no quería separarse de ellos en ese momento. Tenía tanta rabia acumulada hacia Jorge que no le iba a permitir que les hiciera más daño a sus padres. No estando Leo a su lado, tenía esperanzas en que el cantante pudiera ayudarle a solucionar todo.

Leo iba a hacerle visitas cortas cada cierta hora. Se cercioraba de que siguiera allí y le preguntaba por el estado de salud de su padre. Les llevaba comida y abrazaba fuerte a Liliana cada vez que la visitaba. Siempre seguía la misma rutina, Liliana le preguntaba qué estaba haciendo, pero él siempre se limitaba a responderle “Arreglar las cosas”.

— No los voy a dejar solos, mamá. — Dijo con determinación. — Vamos a salir adelante, juntos.

“Sea lo que sea que estés planeando, procura hacerlo bien, Leo.”

En ese momento entró un médico a la habitación. Revisó los monitores de los equipos médicos que tenía conectados el padre de Liliana y apuntó los resultados en una carpeta que llevaba en sus manos. Le pidió que hiciera una serie de movimientos tras los cuales su padre quedó tan exhausto que volvió a dormirse.

—Tiene suerte de seguir vivo. — Les dijo cuando se acercó a ella y a su madre. — Con el historial que tiene, más el estado de embriaguez en el que llegó al hospital... Pueden darse por agradecidas de que siga aquí.

— ¿Cómo se encuentra, doctor? — Preguntó su madre. La pobre apenas había podido dormir en esos días, tenía la cara demacrada y

ojerosa. Liliana no veía en su cara ni un rastro del brillo de alegría que siempre la había caracterizado.

— Recuperándose. — Respondió el doctor sin dejar de mirar su carpeta. — Es muy pronto para sacar cualquier diagnóstico, pero lo que sí puedo decir, es que tiene que dejar la bebida ya. Si no va a tener un problema todavía mayor.

Liliana se sintió mal por no haber hablado con él la primera noche que lo vio llegar oliendo a alcohol. Ella y su madre sabían que su padre se había dedicado a beber bastante a diario y no habían hecho nada para detenerlo. Ante la situación que estaban viviendo por culpa de Jorge, no habían hecho nada más que distanciarse. Liliana comprendió, en ese momento, que habían actuado de la peor forma posible para afrontar el problema.

El médico las alentó al decirle que ya lo más crítico había pasado. El hecho de que esa mañana se hubiera despertado y hubiera podido hacer ciertos ejercicios eran un muy buen síntoma de su recuperación. Les dijo que, bajo su juicio, en menos de dos semanas podría estar de vuelta en su casa.

Liliana se sintió aliviada cuando el doctor se fue de la habitación. Con todas las experiencias vividas en esos días, se dio cuenta que no estaba preparada para perder a su padre. Se arrepintió de todas las veces en su vida en las que había pensado mal de él y deseó irse lejos para vivir su vida.

Antes de la hora del almuerzo, una enfermera les anunció que tenían una visita. Supuso que era Leo que iba a pasarse a dar su vuelta de rutina. Al abrirse la puerta, entraron sus tíos. Tras ellos iba Victoria con un ramo de flores. Se saludó con sus tíos, se miraron con Victoria y se dieron un beso para saludarse. Liliana notó que su prima estaba incómoda, al igual que ella. Su madre se abrazó a la madre de Victoria y empezó a llorar.

— Gracias por venir, hermana. — Dijo la madre de Liliana. Las dos hermanas se abrazaron fuerte, a ellas se unió el padre de Vitoria, que las rodeó con sus brazos.

— Tienes una cara terrible. — Le dijo Victoria a Liliana en voz baja mientras sus padres se abrazaban. — Por lo que veo, necesitas un chocolate caliente.

Liliana recordó la cantidad de veces que se habían ofrecido las dos primas chocolates calientes para solucionar sus problemas y sonrió. A pesar de que se sentía incómoda con ella, no era el mejor momento para tener rencores dentro.

Bajaron a la cafetería del hospital, pidieron dos chocolates calientes y se

sentaron en una mesa. Liliana notaba que su prima quería decirle algo, pero cada vez que intentaba abrir la boca, se arrepentía y tomaba un sorbo de chocolate.

— ¿Cómo va todo? — Liliana rompió el silencio.

— Bien, muy bien. — Respondió Victoria. Se hablaban como si se tratase de dos extrañas que volvían a verse después de mucho tiempo.

— Ah, me alegro. — Liliana dio un sorbo al chocolate.

Se pasaron varios segundos en silencio mirando de un lado al otro, evitando el contacto visual.

— No fue mi intención, prima. — Dijo Victoria que por fin se decidía a decir algo. — Lo siento muchísimo. Me comporté como una niña, no sé qué me pasó. Perdóname.

— Ya da igual, Victoria. — Después de meditarlo mucho, Liliana había comprendido hacía muchísimo tiempo que las acciones de su prima no la habían afectado en nada. Al contrario, le ayudaron a fortalecerse y crecer como persona. — No hay nada que perdonar.

Victoria sonrió aliviada, parecía que se había quitado un gran peso de encima.

— Y a ti, ¿cómo te van las cosas? — Preguntó Victoria.

— Puff... si te contara...

Victoria miró a Liliana con esa cara tan típica suya que ponía pidiéndole que le contara todo con detalles. Liliana suspiró, ni siquiera sabía por dónde podía empezar.

Le contó todo lo que había pasado con Leo desde que se había ido de su casa, su relación con los demás integrantes del grupo y el cómo la habían nombrado fotógrafa del grupo. Le contó cómo se sintió al ver la noticia del “engaño” de Leo en la tele y cómo se había ido corriendo cortando toda comunicación con el chico.

— Por cierto. — Hizo un parón en la historia. — Gracias por el mensajito.

Victoria se sonrojó y le pidió perdón. Había sido por su mensaje que aquel día Liliana había puesto la televisión para ver el programa de los chismes.

Siguió contándole de sus primeros días al volver a la casa de sus padres y cómo se estaba recuperando del dolor que sentía por Leo. Le contó sobre su reencuentro con Jorge y lo sucedido en la fiesta de cumpleaños de su padre. Después le contó cómo se había enterado de todo lo que en realidad había

estado pasando con Jorge y sus padres.

—No te lo puedo creer. — Dijo Victoria. — Parece una historia sacada de un libro.

— Pues es verdad. — Respondió Liliana. — Todavía no has escuchado la peor parte.

Finalmente, le contó cómo la estaba manejando Jorge y todos los “castigos” que le había hecho. Liliana podía ver las caras de odio que iba poniendo Victoria a medida que le contaba todo lo que la había hecho pasar.

— Por favor. — Dijo al terminar de contar los detalles de Jorge. —

Esto no se lo digas a nadie, prefiero guardármelo para mí.

Victoria le extendió el dedo meñique, era algo que hacían de pequeñas para jurarse que se guardarían un secreto.

— ¿Y Leo? — Le preguntó Victoria después de hacer su juramento con los dedos. — ¿Viste la noticia? Por lo visto la historia esa era inventada.

—Sí, sí. La vi. — Respondió Liliana. — De hecho, no me preguntes cómo ni por qué, porque yo todavía no me lo explico; pero Leo está aquí.

—A él también tendré que pedirle perdón. — Dijo Victoria al saber que se encontraba en la ciudad. — ¿Dónde está?

— Eso mismo quisiera saber yo. — Respondió.

Se abrazaron de felicidad al saber que sus inconvenientes habían quedado en el pasado y decidieron volver a la habitación dónde estaban sus padres.

Al entrar a la habitación, la madre de Liliana tenía la cara descompuesta. Liliana se asustó al pensar que le había pasado algo a su padre.

— ¿Qué pasa, mamá? — Preguntó temiéndose lo peor.

— Me acaba de llamar Jorge. — Dijo con la voz quebrada. — Sonaba muy enfadado. Dice que lleva dos días buscándote y no te encuentra.

— Claro que no me encuentra. — Dijo Liliana enfadada. — Si el hijo de puta me rompió el teléfono ¿Cómo pretende saber dónde estoy?

— Nadie le dijo que estábamos en el hospital. — Dijo su madre. — Por lo visto ha ido a buscarte a casa y, al no encontrarte, se ha enfurecido.

— ¿Y que quería?

—Dice que te necesita para una reunión...

“¿Otra reunión?”

— Dijo que en un par de horas pasa a recogerte a casa.

“Mierda, Leo. ¿Dónde carajos estás?”

Salió del hospital lo más rápido posible en dirección a su casa. Si estaba tan enojado como decía su madre, era mejor cumplir lo que quería si no querían que hiciera algo que pudiera afectar más a su padre. No podía permitir que tuviera otro ataque al corazón, no sobreviviría.

Se arregló como pudo. Con la ayuda de su prima consiguió vestirse y maquillarse como a Jorge le gustaba justo a tiempo. Liliana tenía la esperanza de que por algún motivo apareciera Leo y la ayudara a enfrentar a Jorge. El timbre de la puerta sonó y salió a ver quién era.

— Qué bella estas, mon amour. — Dijo Jorge al verla de arriba para abajo. — Tal y como me gusta.

Liliana tuvo que darle una patada disimulada a Victoria para que no se lanzara sobre él. Su prima tenía una mirada asesina y sabía que era impulsiva. Lo mejor era que no se disgustara más Jorge. Salieron de la casa y se subió a su carro.

— Tengo que decir que el otro día me enfadé mucho contigo. — Dijo Jorge mientras conducía. Liliana se sentía asustada, la última vez que habían estado juntos había tenido una experiencia horrible. — Me hiciste perder un negocio millonario. Me encanta que te hayas arrepentido, no sé cómo lo has hecho pero estos inversionistas que me has mandado me están proponiendo un negocio mejor.

Liliana no entendía lo que decía. Ella no había conseguido ningunos inversionistas y aunque así lo fuera, jamás en la vida le mandaría a Jorge gente para realizar negocios.

Jorge condujo su carro hasta una zona de la ciudad en la que nunca había estado. Era una zona periférica y daba la sensación de ser peligrosa.

— Debe ser por aquí. — Dijo Jorge que, al parecer, tampoco sabía muy bien a dónde iba. — Esta gente cada vez se quiere reunir en lugares más raros.

Jorge detuvo el carro y se bajó de él. Leyó el letrero del establecimiento que tenían en frente.

— Sí, es aquí. Bájate.

Liliana se bajó del carro. El lugar al que iban a entrar no le dio muy buena espina, pensó si a lo mejor aquello era un invento de Jorge para hacerle algo. Respiró hondo y fue a su lado para entrar al establecimiento; tenía por nombre “Bar Pepe el Guarro”.

Al entrar se sorprendió de cómo era ese lugar por dentro, no era para nada

lo que se podía esperar teniendo en cuenta el nombre y la zona en la que estaba. Había un camarero muy bien vestido limpiando la barra, tres personas sentadas en ella y en el fondo, en una mesa, cuatro hombres vestidos de traje.

—Buenas tardes. — Dijo Jorge al acercarse a ellos.

Liliana se quedó estupefacta al reconocer a Mario, Jimmy, Fer y Carlos en aquella mesa.



LEONARDO

— ¿Pero qué clase de pocilga es esta, Bestia? — Preguntó Mario al entrar.

— Bienvenidos a “La Alegría del Peregrino” — Dijo Leo sonriendo.

— No encontrarán lugar más pintoresco que este.

Sus amigos soltaron una carcajada y le dieron la razón a Leo. Estaban disfrutando de aquel lugar, tenían como hobby encontrar lugares raros y llevar a los demás a que los conocieran. Tenían incluso un ranking de lugares extraños, seguramente, a partir de ese día, entrarían a la lista “La Alegría del Peregrino” y el “Bar Pepe el Guarro”.

— Te traigo carne fresca — Bromeó al pasar por la recepción de la posada. Aquel día la tendera se había cambiado el vestido de cortesana por uno de campesina igual de sucio.

— Hoy tengo promoción. — Respondió la tendera enseñando su dentadura hueca. — Cinco por uno.

Los chicos estallaron en risa y siguieron caminando hacia la habitación de Leo.

— ¿Has conseguido que Congo te diera lo que te pedí? — Le preguntó a Carlos una vez entraron en la habitación.

— El puto negro me ha sacado dinero como para mantenerse un mes, pero sí, lo conseguí. — Dijo Carlos mientras le enseñaba un pequeño frasco.

— Perfecto. — Le había pedido a Carlos que consiguiera un poco de la “esencia” que les había ofrecido el día de la fiesta en el sur del país. Como el pueblo donde estaba el restaurante de Congo era cerca a La Capital, al baterista no le había costado mucho ir y venir el mismo día.

— ¿Puedes contarnos ya qué es lo que necesitas exactamente? — Preguntó Jimmy.

Leo les contó a sus amigos la situación en la que se encontraba Liliana por culpa de Jorge. Les explicó que, para poder volver a estar con Liliana, tenía que hacer que Jorge le devolviera todos sus bienes a su familia.

— Entiendo. — Dijo Fer. — ¿Cómo vamos a hacer que eso ocurra?

Leo sonrió y empezó a contarles su plan. Lo que había ideado Leo era muy sencillo, había hecho que Simón se contactara con Jorge para proponerle

un negocio. Para darle más credibilidad, le dijo a Simón que le dijera al chico que se había contactado con él por medio de Liliana. Conocía a la chica desde hace tiempo y, al decirle que tenía planes de negocio, le había propuesto que los hiciera con Jorge. Citarían a Jorge en el “Bar Pepe el Guarro”, aquello les permitiría ejecutar su plan sin que nadie dijera ni una palabra y nadie se enterara de qué había pasado. Una vez estuvieran allí, durante la negociación, le ofrecerían a Jorge fumar con pipas de vapor. Reclamarían que Leo, el jefe, era muy escrupuloso por lo que pediría una pipa diferente para cada uno. En la pipa de Jorge pondrían la “esencia” de Congo y una vez Jorge perdiera el control de sus acciones, lo harían firmar unos documentos en los que devolvería todos los bienes a la familia de Liliana y las ganancias obtenidas en esos meses. Aquello haría que la familia estuviera libre y como si ese negocio nunca se hubiera hecho desde un principio.

— Es un plan muy “suave” para ser tuyo, Bestia. — Dijo Leo al escuchar el plan por completo.

—Solo quiero devolverle a la familia lo que es suyo. — Respondió Leo.

“A lo mejor se me ocurre algo más para el final...”

Leo sacó unas cervezas que había comprado del minibar de la habitación. Quería brindar con sus amigos, pero no se confiaba de los productos que se ofrecían en la posada. Brindaron por el plan y por volver a estar juntos, Leo volvía a sentirse completo al tener a sus amigos cerca y al tener la oportunidad de estar nuevamente con Liliana.

—Muchas gracias, muchachos. — Dijo Leo mientras chocaba su botella con cada uno de ellos.

— No vayas a llorar, mariquita. — Dijo Mario riendo. Los demás le dieron la razón y brindaron por él y por el plan. Parecían emocionados de hacer parte de él.

Llamaron a la puerta. Al abrir la puerta, entró Simón a la habitación, los chicos lo saludaron con efusividad y este se alegró de verlos. Leo se acercó a él y le extendió su puño. Simón lo miró extrañado y chocó su puño con el de Leo. Los demás integrantes gritaron de alegría al unísono al verlo. Aquel gesto lo hacía Leo para aceptar a Simón como uno más del grupo, por la reacción que tuvo Simón, también se había alegrado de entrar a hacer parte.

Simón sacó de una maleta varios trajes elegantes. Leo le había pedido que consiguiera unos trajes de buena calidad y elegantes de las tallas de cada uno. Se los pondrían para la negociación con Jorge. También pidió que le

consiguieran unas gafas para cada uno. No sabía si Jorge había escuchado alguna vez o no a Avalor, pero lo mejor era taparse el rostro un poco para evitar cualquier relación que pudiera dañar la negociación.

Leo se puso rápidamente su traje. Les dijo a sus compañeros que prefería hacer una entrada a su numerito por lo que se adelantaría a ir al “Pepe el Guarro”. Salió de la habitación mientras sus compañeros estaban riéndose los unos de los otros por las pintas que tenían con esos trajes.

— ¿Pero tú quieres que me exploten las bragas? — Le dijo la tendera mientras pasaba por la recepción vestido así. — No me dejes así, por favor, déjame al menos frotarme un poquito contigo.

A ese punto Leo no podía hacer nada más que reírse de las peticiones de la tendera. Se preguntó si, alguna vez, alguien había tenido el valor de acostarse con aquella mujer. Se detuvo antes de entrar al “Pepe el Guarro”, miró a la puerta y respiró hondo.

“Aquí vamos”, pensó mientras abría la puerta.

Saludó al camarero. Le preguntó si había chicas como las de la otra noche disponibles para salir con ellas cuando llegara Jorge. Pensó que eso le daría más credibilidad al personaje que había montado y Jorge no sospecharía nada.

— Aquí tenemos todo lo que usted quiera, caballero — Le respondió el tendero.

Con la mirada señaló la puerta roja de madera que había al lado de la barra. Leo se acercó a ella y la empujó. No dio crédito a lo que vio al entrar. Era un pasillo largo lleno de fotos en las paredes de personas que parecían modelos, tanto mujeres como hombres.

—Lo que elija se le traerá. — Dijo una voz que provenía desde un altavoz colgado en el techo.

Leo se acercó a ver las fotos, se trataban de fotos de las caras y abajo de los cuerpos de la gente. Cada uno tenía su nombre escrito en la foto. Vio mujeres y hombres de todos los tamaños, colores y aspectos.

—Quiero a Karla y Kristina — Dijo después de decidirse. Se había fijado en aquellas dos por ser gemelas, una tenía la mitad izquierda del cuerpo completamente tatuada y la otra la derecha. Solo las caras las tenían descubiertas de tatuajes. Eran muy bellas, aunque no se comparaban con la belleza de Liliana.

Las dos chicas salieron a los cinco minutos de una puerta. Se acercaron a Leo y empezaron a tocarlo. Leo las detuvo, no las quería para usarlas

sexualmente. Les explicó que lo único que debían hacer era estar ahí con él esperando hasta que él dijera. Luego saldrían con él y cuando él les dijera, se irían.

— Mientras nos pagues... — Dijeron las chisas encogiéndose de hombros.

Leo se asomó por la ventana de cristales tintados que había detrás de la barra. Desde ahí podía ver todo el salón del bar sin que nadie lo viera. Varios minutos después, vio a sus amigos entrar, se divirtió mucho viendo las caras que ponían los chicos mientras inspeccionaban el lugar.

“Mierda”, pensó cuando vio a Liliana entrar con un chico. No había pensado que Jorge fuera a pedirle a la chica que estuviera allí, rezó porque Liliana no fuera a hacer nada que dañara el plan.

— Vamos, chicas. — Cada una de las gemelas se agarró a uno de sus brazos y abrieron la puerta de madera roja.

Liliana levantó una ceja al verlo salir con las gemelas agarradas del brazo. Leo le guiñó un ojo y esta suspiró. Jorge no se percató de su presencia hasta que Leo no llegó hasta su lado. Al verlo, dejó de hablar y se puso de pie para darle la mano a Leo.

—Mucho gusto, señor... — Dijo Jorge al estrechar su mano.

—Stanislav. — Respondió Leo imitando un acento extranjero. Casi suelta una carcajada al ver a Mario aguantándose la risa mientras él hablaba. Se aguantó y siguió presentándose a Jorge.

— Usted deber ser... Gorja. — Dijo Leo haciéndose el tonto. — Me han hablado mucho de usted.

“Y muy mal, hijo de puta.”

— Jorge, es Jorge. — Respondió mientras miraba a las gemelas de arriba y abajo. — Me encanta verlo, señor Stanislav. Veo que viene usted muy bien acompañado.

— No tan bien como usted. — Respondió Leo mientras Jorge continuaba viéndoles el pecho a las gemelas. Aquello le dieron ganas de golpearlo, pero se contuvo como pudo para seguir con el plan.

Se sentaron en la mesa y les pidió a las gemelas que se retiraran. Le pidió a Mario el portafolio que llevaba y lo puso encima de la mesa.

— Yo querer proponer un negocio, señor Gorja. — Dijo dando unos golpecitos al portafolio. — A mis oídos llegar que usted ser muy bueno con negocios y yo querer ser su socio.

Se notaba que Mario no podía aguantar la risa con la forma de hablar de

Leo. Leo le dio una patada por debajo de la mesa para que se calmara.

— A ver, Stanislav. — Dijo Jorge con arrogancia. — Yo sí tengo varios negocios, pero como entenderá, no me meto en cualquier cosa. Me han dicho que está interesado en comprar petróleo robado... tengo los contactos, pero como usted podrá entender, no es nada fácil.

— Eso no preocupar. — Dijo Leo. Abrió el portafolio que se encontraba lleno de billetes. Antes en la mañana, le había pedido a Simón que sacara una gran cantidad de dinero de su cuenta para poder llenar el portafolio. Simón se las había arreglado para que un banco le diera esa cantidad sin tener que avisarlo con días de antelación.

Los ojos de Jorge se abrieron como platos, luego soltó una risita irritable y se frotó las manos.

— Así nos entendemos mejor.

El siguiente en hablar fue Jimmy. Hacía el papel de negociador de Leo y se le daba muy bien. Parecía que estar pendiente en todas las reuniones del grupo con la disquera estaban teniendo un buen resultado. Llegaron a un acuerdo y, antes de cerrarlo, Leo propuso celebrarlo.

—En mi país celebrar fumando. — Dijo Leo. Fer se acercó a la barra y trajo seis pipas de vapor. — Normalmente todos fumar de una sola, pero usted disculparme. Yo ser muy escrupuloso.

Jorge hizo un gesto con la mano para decirle que no importaba y Fer empezó a poner las pipas en frente de cada uno.

“La roja para él, no la vayas a cagar”, pensó mientras las ponía. Había hecho que cada de las pipas fuera de diferente color para no que no le fueran a dar a Jorge una que no tuviera la “esencia” de Congo. Solo faltaban él y Jorge por pipa, el bajista le puso la roja a Leo y la verde a Jorge. Leo maldijo.

— Es verdad. — Dijo Leo. Se acercó al camarero y le puso otro fajo de billetes para pagar todo. — Llama a Tony y Dony. Encárgate de que quede muy satisfecho.

El camarero sonrió y se guardó el fajo de billetes. Unos segundos después salieron dos gemelos morenos más grandes que Leo. Cogieron a Jorge en brazos y lo llevaron dentro de la puerta de madera roja.



Epílogo

—Pásame la pelota, Roja. — Le gritó Jimmy desde la piscina.

Habían pasado varios meses desde que había vuelto a vivir La Capital con Leo. El infierno que había vivido con Jorge había quedado atrás, el chico no volvió a contactarse con ellos cuando se enteró de que había perdido todos sus bienes. Además, corrió el rumor en Castalia de que algo terrible le había pasado porque se llevó por lo menos un mes quejándose de dolores al sentarse en cualquier sitio.

—Aquí va. — Dijo Liliana al lanzarle la pelota.

En la piscina estaban Fer y Jimmy jugando con la pelota hinchable. Carlos estaba cocinando en la parrilla una carne que olía delicioso. Su madre estaba en la mesa preparando unos té y su padre, estaba sentado tomando el sol. Los últimos meses había cambiado su filosofía de vida debido a sus ataques cardiacos y estaba tomando todo con más calma.

— Felicidades, Lilit. — Dijo Leo que la agarró por detrás y la levantó dando vueltas. Ya eres un año más vieja.

— ¿Vieja? — Preguntó Liliana riendo. — Me vas a tener a tu lado toda la vida así que, si crees que ya soy vieja, no sé cómo estaré en veinte años.

— Preciosa, como siempre. — Respondió Leo y la besó en la boca.

— Eh, eh. — Dijo Mario al pasar por la puerta hacia la piscina. — Besos aquí no.

—Anda, no seas idiota. — Dijo Victoria que venía de la mano con el amigo de Leo. — Déjalos ser felices.

Su prima y Mario se conocieron en Castalia cuando los integrantes de Avalor fueron a ejecutar el plan de Leo. Se gustaron inmediatamente y habían empezado a tener una relación amorosa desde esos días. A Liliana le parecía que hacían muy buena pareja, los dos estaban igual de locos.

—Sorpresa. — Dijo Simón al llegar con una especie de cuadro de cristal en las manos. — Nuestro disco “Tras el Desvarío del Amor” acaba de ganar un disco de platino.

Todos gritaron de alegría y levantaron sus vasos para brindar. Al volver de Castalia, Leo y los chicos se habían dedicado a componer el resto de las canciones de su nuevo disco. Leo y Mario lo compusieron en tiempo récord. Decían que estaban inspirados gracias a Lili y a Victoria. Para Jimmy, Carlos y Fer fue muy sencillo acoplarse a sus canciones y terminar sacando un gran disco. Estaban siendo noticia en todos lados debido a su éxito y ellos, estaban

disfrutando como nunca.

—La disquera me ha pedido que empecemos a ver las fechas de la nueva gira. — Dijo Simón.

— ¿Nueva Gira? — Preguntó Liliana.

—Sí, nueva gira. — Respondió Simón. — Esta vez será internacional.

Liliana tuvo una mezcla de sentimientos, se alegraba de que su pareja tuviera éxito, pero no quería separarse de él. Mucho menos en distancias tan largas como lo suponía una gira internacional.

— No te preocupes, mi amor. — Le dijo Leo besándole la cabeza. — ¿Acaso no te acuerdas de que tú eres la fotógrafa oficial del grupo? Tú vienes con nosotros.

Liliana lo abrazó con emoción, no se acordaba que tiempo atrás Leo le había otorgado ese título. Aquello significaba que viviría lo que era la gira del grupo más famoso del momento de rock desde dentro.

— ¿Qué me puedo esperar de esta gira? — Le preguntó Liliana, nunca había estado en algo parecido.

El chico soltó una risa y respondió.

— Sexo, amor y rock'n'roll.

FIN